

SS

SERVICIO SECRETO

MORIR SUAVEMENTE

silver kane



BB

MORIR SUAVEMENTE



SILVER KANE

MORIR SUAVEMENTE

Col. **SERVICIO SECRETO** n.º 796

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25554-1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: Noviembre, 1965

© SILVER KANE – 1965
sobre el texto literario

© RAFAEL LARA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA – 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a
favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7.661/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

921 — Jinetes en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

793 — La casa entre la niebla.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

386 — Los diablos nunca mueren.

En Colección BÚFALO:

624 — Los ojos del buitre.

En Colección ASES DEL OESTE:

338 — Llegó para matar.

En Colección PUNTO ROJO:

181 — Cita en el Más Allá.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

143 — El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:

220 — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

84 — Las zarpas de la noche.

En Colección COLORADO:

409 — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:

459 — Vendo mi cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre colocó lentamente todo su instrumental en el maletín negro y lo cerró con un gesto de infinita tristeza, mientras miraba directamente a los ojos de la mujer.

—Todo ha terminado, Ketty.

Ketty paseó su mirada errabunda por la habitación y la posó al fin en la ventana por la que entraban las primeras luces del amanecer. Al pie de la ventana estaba el bulto largo y rígido que el hombre había cubierto con una sábana. La habitación olía a sudor, medicamentos y plasma. Las facciones del hombre reflejaban una inmensa fatiga.

—Salgamos de aquí, James —suplicó Ketty.

Más allá de la habitación había una sala alegre y espaciosa que daba al porche de la casa. Como frente a este había un jardín, la luz que penetraba por aquellas ventanas era alegre y limpia. Los muebles de la sala también eran claros y parecían alegrar un poco el espíritu. Ketty se sentó en una butaca y tomó una caja de madera tallada donde había cigarrillos.

—¿Quieres fumar, James?

—Gracias.

Fumaron en silencio, evitando mirarse, mientras la fatiga de aquella noche de angustia pesaba en sus manos y en sus párpados. Sin hablar terminaron el cigarrillo, y luego Ketty dijo:

—Voy a preparar el café.

La bebida tuvo la virtud de despejarles un poco a los dos, aunque sin borrar las huellas del cansancio. Fue después de la segunda taza cuando James se atrevió a decir:

—Ha sido horrible, Ketty. Créeme que he hecho cuanto estaba en mi mano. Hacia las dos de la madrugada creí que se salvaría, pero... Bueno, todo lo que ha sucedido era inevitable y, sin embargo, siento como si yo me hubiese equivocado en algo.

—¿Equivocarte? No, James. Tú has hecho todo lo que podías. Ni los médicos más célebres del mundo hubieran podido salvarla.

—¡Era todo tan grave!... —musitó James, con la cabeza hundida

—. Ni tiempo de trasladarla. No comprendo este estúpido accidente. Pero estaba deshecha, Ketty, te lo juro. Estaba deshecha.

—No hace falta que jures nada, James. Lo he visto. Y he visto también cómo durante toda la noche luchabas contra la muerte. Nunca podré pagártelo.

—Tú no tienes que pagarme nada, Ketty.

En aquel momento oyeron ambos el tronar del motor de una motocicleta, la cual se detuvo ante la casa. Hodgson, sargento de la Policía de Carreteras, llamó a la puerta.

Le abrió James.

—¿Qué hay? —preguntó el sargento.

—Acaba de morir.

—¡Vaya!

Con una frialdad profesional que aturdía, el sargento tomó unas notas en su libreta de partes y luego miró a James.

—Me entregará el certificado antes de la noche, ¿verdad? Tengo que llevárselo al juez. Esto va a representar una buena complicación para el tipo que la atropelló, aunque creo que terminará saliendo libre. Él dirá que iba por su derecha y a una velocidad moderada. Además su padre tiene influencia. Hace dos años se presentó a las elecciones para senador, aunque no llegó a ganarlas.

Tuvo la sensación de que ni James ni Ketty le escuchaban. Guardó su libreta y puso la mano sobre el pomo de la puerta.

—Voy a dejarles solos porque ya imagino que estarán muy afectados —dijo—. Supongo que les citarán desde el juzgado para prestar declaración. Buenos días. ¡Ah! Y mi pésame, Ketty.

Envolvió el cuerpo de la mujer en una mirada taladrante, ahora que ella no se daba cuenta, y cerró poco a poco la puerta sin dejar de mirarla.

Solo cuando él hubo cerrado, pareció Ketty reaccionar.

—Buenos días —dijo con un soplo de voz—. Gracias.

James iba por su tercera taza de café.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, mirándola.

—No sé... Es posible que vuelva a mi antigua profesión de enfermera. Claro que nunca pasaré de tener un sueldo mediocre y un porvenir más mediocre todavía... Pero es pronto para pensar en eso.

—Pronto no. Eres joven y debes afrontar tu futuro cuanto antes.

Los pobres no podemos permitirnos el lujo de perder tiempo.

—Tú no eres pobre, James —susurró ella—. Tienes un buen coche, un laboratorio propio y estás acabando de pagar tu casa.

—Eso es —dijo él—. Acabando de pagarla. Ni siquiera el suelo que piso es mío. Y no resulta demasiado brillante el porvenir para un sencillo médico de ciudad pequeña, un tipo como yo, mitad veterinario y mitad cirujano. Pero yo ya no puedo elegir, mientras que tú estás al principio de tu vida.

—¿No puedes elegir? Solo tienes treinta años.

—Esa ya es una edad demasiado importante para un hombre.

James se acercó lentamente a un retrato que había sobre una consola, un retrato enmarcado en piel donde aparecían dos mujeres. Una era Ketty, de veinticuatro años; la otra era Alma, de treinta y cinco, la que ahora acababa de morir. Las dos sonreían al objetivo, aunque sus sonrisas no parecían espontáneas.

—A todo el mundo parecía extrañarle que tuvieras una madrastra tan joven —musitó James.

—Sí... Eran muchos los que me habían hablado de eso. A todos les extrañaba que mi padre se hubiera casado en segundas nupcias con una mujer mucho más joven que él, una mujer que podía haber sido su hija. Claro que —encendió otro cigarrillo lentamente— poco pudo disfrutar de lo que él suponía iba a ser su felicidad. Apenas dos años... Luego nos entendimos siempre bien Alma y yo, aunque quizá nos perjudicaba el ser de edades bastante parecidas. Once años de diferencia no la autorizaban a convertirse en mi madrastra, y ella lo sabía. Quizá por esto nos comportamos siempre un poco como dos compañeras que guardan las distancias. No hubo disgustos ni tampoco momentos de dicha. Vivíamos bajo el mismo techo, eso era todo. Claro que ella me miraba con desconfianza, con recelo, y eso enturbió a veces nuestras relaciones.

—¿Con recelo por qué?

Ketty volvió poco a poco el rostro hacia él, mientras exhalaba una bocanada de humo.

—Quizá algún día te lo explique.

—¿Y por qué no ahora? A veces uno, hablando de cosas intrascendentes, logra olvidarse de la angustia.

—No —dijo ella—. Ahora no.

Él fue al mueble-bar en busca de una botella de licor, que puso

al alcance de Ketty.

—Debes beber algo.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Cuando el plasma era insuficiente, he tenido que hacer una transfusión de sangre de tu brazo al de Alma. Más de un litro he tenido que extraerte, y esa cantidad es excesiva. Ahora tienes que comer y beber algo, y luego a descansar. Yo me quedaré velando a Alma todo el tiempo que sea preciso. Entre el cansancio, la angustia y la pérdida de sangre, estás expuesta a caer redonda en cualquier momento. Te juro que no me gustaría.

Ella caminó lentamente de un lado a otro de la habitación.

—No digas tonterías.

James la miró. ¿Por qué ella quería esforzarse en parecer tan fuerte, a pesar de todo? ¿Por qué quería conservar aquel aire de hembra joven y hermosa que tantos disgustos le había dado ya?

Mientras ella caminaba de espaldas a él, James la examinó centímetro a centímetro. Ketty era una mujer de las que gustaban a los hombres, de las que gustaban exageradamente. Ella no tenía la culpa, pero todo su cuerpo parecía haber sido hecho para la seducción. Ketty, sin proponérselo, resultaba un poco exagerada en sus movimientos —porque sus formas eran demasiado acusadas—, un tanto lasciva en sus gestos —porque todas las líneas de su cuerpo llamaban al instinto— y un poco provocativa en sus miradas, porque sus grandes ojos llenaban con su luz la habitación donde ella se encontrase. Esta y no otra había sido la fuente de los temores que, desde que comenzó a ser mujer, atenazaron su vida.

Muchos hombres habían intentado sobrepasarse con ella, aprovechando las ocasiones más inverosímiles. Algunos la esperaron en caminos solitarios por donde sabían que ella tenía que pasar. Precisamente cuando James conoció a Ketty, ocho años atrás, ella sufría un ataque de histerismo después de escapar a duras penas de una de aquellas asechanzas. James, que entonces acababa de instalar su consultorio, logró calmarla e infundirle confianza. Pero al principio ella lloró y sintió asco solo por el hecho de que él era un hombre...

Desde entonces, desde aquel día de ocho años atrás, las cosas habían cambiado mucho. Ketty se acostumbró a considerar a James como un hombre distinto a todos, un hombre que no sentía los

mismos bajos apetitos de los otros, que no la miraba con deseo, que era capaz de aconsejarla y de orientarla como un hermano mayor. Más tarde, cuando Alma entró en su vida y ella se dio cuenta de «algo», aquella confianza que le inspiraba James todavía fue más intensa. Lo vio cómo un hombre que jamás se había fijado en ella, que nunca la consideraría como una mujer.

Y sin embargo, ahora James la estaba mirando como se mira a una mujer. Sí. A pesar del cansancio, del dolor y de la angustia que los había acompañado durante toda la noche, los ojos de James brillaban como ella no los había visto brillar nunca.

Por fin se volvió.

James desvió la mirada, y en sus facciones pareció posarse una nube de tristeza.

—Debes descansar —insistió.

—¿No te resultará demasiado triste velar tú solo a Alma?

—Yo soy médico. Puede decirse que mi trabajo consiste en estar entre los muertos.

—Es que en este caso hay algo especial.

—¿Algo especial? ¿Qué?

Ella volvió a sentarse desmayadamente.

—Mira, más vale que no hablemos de eso.

—Antes has dicho que Alma te miraba con recelo. ¿Por qué? Supongo que no es una falsa apreciación tuya, ya que Alma te quería sinceramente. Pero si fuera cierto lo que dices, ¿a qué obedecería este recelo? ¿Qué secreto podía haber entre Alma y tú?

—Nada, yo creo que nada.

—Entonces era una tontería y debes dejar de pensar en eso.

—No era una tontería, James.

Él encendió otro cigarrillo nerviosamente.

—En tal caso, era algo que existía, ¿no? Ella te miraba con recelo verdaderamente. ¿Por qué?

—¿De veras quieres que te lo diga?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, no podía ser nada que estuviese relacionado conmigo.

—Pues estaba relacionado contigo, James.

Él se desprendió el cigarrillo de los labios, mirándola con asombro.

—¿Cómo? —susurró.

—Alma estaba enamorada de ti.

—No digas tonterías —musitó James, cerrando los ojos.

—No es una tontería, sino la verdad. Realmente se había enamorado, pero no te lo daba a entender con demasiada claridad porque tú eres más joven. Los pequeños detalles que hubo quizá pasaron desapercibidos para ti.

James abrió los ojos de nuevo, procurando que su rostro permaneciera inescrutable y sin reflejar la menor emoción.

—Y aunque eso fuera cierto —musitó—, ¿por qué había ella de mirarte con recelo?

—Porque tenía la sensación de que tú y yo terminaríamos enamorándonos. Qué tonterías, ¿verdad?

—Sí —dijo él, con la garganta seca—. ¡Qué tontería!

* * *

Los funerales habían sido sencillos, breves y sin trascender más allá de un reducido círculo familiar.

Desde Akron, al norte del Ohio, llegaron los hermanos de Alma, dos solterones que casi doblaban en edad a la difunta. Se enteraron de que muy pronto tendría lugar el reparto de la herencia y desaparecieron. Los abogados de Wilbur Brent, el joven que había causado el atropello, y un representante de la Compañía de Seguros, asistieron también a los funerales y dieron el pésame a Ketty. Vinieron también el juez y unos cuantos amigos. Nadie más.

Nadie más, claro está, descontando a James.

James estuvo en los funerales con aire ausente y aspecto de no haber dormido en toda la noche. En la iglesia se colocó junto a Ketty, que iba vestida de luto, y no cambiaron durante la ceremonia una sola palabra. Terminado todo, se despidió rápidamente de la muchacha estrechándole la mano.

Dos días más tarde, Ketty fue a su laboratorio.

El laboratorio de James, donde este pasaba todas las horas no ocupadas por visitas, estaba en una calle lateral de Marion, la pequeña ciudad donde vivían. Cuando Ketty llegó era la primera hora de la tarde, y un suave sol penetraba por los grandes ventanales. James vestía bata blanca y estaba sentado ante un gran tablero forrado de cinc, donde con una jeringuilla de veinte

centímetros cúbicos inyectaba algo a unos conejillos de indias.

Ketty, que siempre entraba allí sin llamar, se sentó en uno de los altos taburetes y cruzó las piernas.

Los ojos de James fueron hacia sus rodillas, enfundadas en medias negras, pero aquel rápido relampagueo pasó inadvertido para Ketty, que se portaba ante él con la mayor naturalidad. James logró desviar la mirada.

Así como Ketty era morena, poderosa, provocativa sin querer serlo, y con unos labios que hablaban de placer —como los labios de algunas mujeres cubanas—. James era rubio, alto y con aspecto ligeramente distraído. Formaban un buen contraste, y solo al verlos se podía pensar que no habían nacido el uno para el otro. Seguramente Ketty necesitaba un hombre más apasionado, más ardiente. Claro que ni Ketty ni sus amigas habían captado nunca las miradas de James, cargadas de deseo y también de tristeza.

—¿Qué haces, James? —preguntó.

—Estaba inyectando una nueva vacuna a estos conejillos de indias, pero voy a dejarlo.

—No sé cómo puedes trabajar con ellos, James. Tú amas apasionadamente a los animales.

—Sí. Y aunque parezca ridículo, sufro cuando sufren también estos pobres bichos. Pero hay que experimentar, no queda otro remedio. Ahora mismo estaba ensayando una vacuna menos tóxica para las afecciones tetánicas. Tú sabes que la que se usa actualmente tiene reacciones secundarias bastante desagradables.

—No, la verdad es que no sabía nada de eso.

—Porque tú no estás enferma jamás, pero no todos tienen la misma suerte, Ketty, muchacha.

Se levantó y le mostró unas jaulas que tenía en la parte trasera del laboratorio. Ketty vio allí varios conejos, unos cuantos pájaros... ¡y hasta un mono! A pesar del encierro, todos parecían gozar de excelente salud.

—¿Has probado ya tu suero con ellos? —preguntó.

—Menos en los pájaros, en todos. Y los resultados, por ahora, son excelentes. Ya ves. El mono no sufre ni una décima de fiebre. Claro que nunca puede decirse: «He llegado». Cuando más confiado estás, fracasan los experimentos, y si te confiases de verdad, llegarías a matar tal vez a un ser humano. Pero esto resulta muy

aburrido para ti, ¿verdad, Ketty?

La muchacha encendió un cigarrillo con la desenvoltura que empleaba en todos sus actos. Se sentía allí como en su propia casa. Descruzó las piernas y ofreció cigarrillos a James.

—¿Fumas?

—Está bien, gracias.

Al darle fuego, se fijó en el rostro de la muchacha.

—Tienes mal aspecto, Ketty.

—Te confieso que hace varias noches que no duermo —suspiró ella—. Delante de los otros he intentado hacerme la mujer fuerte, pero...

—Pero cuando estás a solas te sientes dominada por la pena, lo sé —continuó James por ella—. Tú has sentido mucho la muerte de Alma. Mucho más de lo que la gente cree... Y no me cansaré de decirte que deberías irte fuera una temporada. Este ambiente no es para ti.

Ella paseó una mirada en torno suyo.

—Y tampoco este te conviene a ti, James —dijo con una leve sonrisa—. Aquí acabarás perdiendo la salud y... Bueno, olvidaba que tú eres un sabio.

—¿Un qué...?

—Un sabio. El tiempo que te dejan libre tus consultas te lo pasas encerrado aquí como una marmota. Ya sé que harás grandes descubrimientos algún día, pero estás exagerando.

—Descubrimientos... —rio tristemente él—. ¡Vaya! A cualquier cosa llama la gente ser sabio. Me paso las horas aquí metido intentando disimular mi ignorancia, que es mucho más profunda de lo que tú crees. Cuando terminé la carrera apenas sabía nada, y a fuerza de fracasos he ido aprendiendo algunas cosas que luego, en el laboratorio, trato de repasar. Si no te conociera tanto me echaría a reír cada vez que me llamas sabio, Ketty.

—¡Pero si lo eres...!

La voz de la muchacha reflejaba convicción. James se encogió de hombros mientras depositaba el cigarrillo sobre la mesa.

—Bueno, no hablemos de eso, ¿quieres? Lo importante es que tú estás muy desmejorada y no podrás seguir fingiendo fortaleza ante la gente. Tienes que irte de aquí. ¿Por qué no haces un viaje a la zona de los lagos? Estamos en junio. Unas vacaciones te sentarían

bien.

—El juez me ha aconsejado que no me vaya. Dice que a lo mejor me necesita para cuando juzguen al hombre que atropelló a Alma.

—¿A Wilbur? Es igual. Declares o no, saldrá absuelto.

—¿Lo conoces?

—Visité a su padre hará cosa de un año. Yo no soy su médico, claro. Ellos tienen a su disposición especialistas de campanillas, de esos que cobran a cien dólares la visita. Pero aquel día se torció un pie y me llamaron a mí urgentemente. Vive como un rajá de la India, ¿sabes? Una fastuosa mansión con piscina, campo de golf y cuadra de caballos. No, al hijo de un hombre así nunca se le condena. Además, lo cierto es que si él iba distraído, Alma lo iba también. No sé hasta qué punto se puede culpar a Wilbur.

—¿Entonces me aconsejas que me vaya?

—Sí. Tu salud lo necesita. Escribe una carta a los herederos de tu madrastra y diles que cuando el seguro pague, les enviarás su parte. Y durante un mes aléjate de aquí.

Ella no supo ver la nube de tristeza que se había posado en los ojos de James, y aceptó sus consejos con la naturalidad con que aceptaría los de un hermano. No pensó ni por un instante que aquella separación a que James la impelía, en beneficio de su salud, pudiera a él dejarle destrozado por dentro.

—También hay otra cosa —susurró Ketty, apoyándose en el tablero de cinc e irguiendo el busto—. No me atrevo a irme sola.

—¿Por qué?

—Los hombres... Los hombres me siguen mirando como siempre, ¿sabes? Como aquel día en que nos conocimos, ¿recuerdas? De esto hace ya ocho años.

—Sí —dijo él, secamente—. Lo recuerdo.

—No puedo ir sola a ninguna parte. Tú eres el único hombre que me comprende, el único de quien me puedo fiar y con el que podría estar a solas en cualquier parte. Los otros... Los otros son como fieras, James. Parece que a las mujeres que están un poco llenitas como yo, el luto les sienta bien. Desde los funerales observo miradas que antes no observaba, James. Sé que si me marcho sola pasaré malos ratos. Pero ¿qué te ocurre?

James tenía los ojos clavados en una de las ventanas. Como de costumbre, su rostro era indescifrable.

—Nada, Ketty. Debe ser que yo me siento cansado también.

—Creí que estabas más bien triste. Bueno... El caso es que me asusta marcharme sola. Si tú me acompañaras sería distinto.

Él movió las manos.

—Yo bien quisiera, Ketty, pero eso dañaría tu reputación. Además, tengo enfermos a los que no puedo descuidar. Las vacaciones de un médico pobre son un lujo que uno no puede permitirse todos los años.

—También hay otra solución.

—¿Cuál?

Ketty lanzó el cigarrillo, extrajo un sobre de su bolso y se lo tendió a James.

—¿Qué es esto?

—Una invitación.

—¿De quién?

Ella sonrió.

—¡Qué preguntas más bruscas haces, hombre! ¡Ni que estuvieras celoso! ¿Tú ya no recuerdas que fui enfermera hace unos años?

—Sí, claro. ¿Cómo no me voy a acordar?

—A pesar de ello, nunca me has propuesto ser ayudante tuyo, ¿eh, James?

Él entrelazó los dedos de sus manos con nerviosismo, evitando mirarla directamente.

No contestó.

Ketty debía haber imaginado que si no la tenía allí todo el día junto a él era para no caer en los mismos pecados que los otros hombres. Pero si ella misma no lo imaginaba, ¿qué podía él decir?

Dio vuelta al sobre entre sus dedos.

—En fin, ¿de quién es la invitación? —susurró.

—Eso iba a explicarte. Fui enfermera en un hospital militar, y allí atendíamos a heridos que aún no habían logrado rehabilitarse después de la guerra de Corea. Eran pobres seres que habían sufrido lesiones en la columna vertebral o a los que faltaban miembros importantes de sus cuerpos. Allí los reeducábamos, les hacíamos compañía. Era un trabajo que resultaba agradable porque ninguno de ellos corría ya peligro de morir, pero al mismo tiempo era muy pesado porque había que obligarles a repetir los mismos ejercicios treinta o cuarenta veces. Hice allí buenas amistades, sobre todo con

el coronel Wen.

Los ojos de James seguían posados en la ventana.

—¿Y qué?

—El coronel Wen tenía una lesión en la columna vertebral, a consecuencia de la cual no movía con sincronismo los brazos y las piernas. ¿Cómo llamáis a eso? ¡Ah, sí! Afasia locomotriz, ahora lo recuerdo. Yo jugaba con él partidas de golf para ayudarle a recuperarse, y le enseñé a conducir nuevamente un coche. Luego se constituyó una asociación de veteranos, entre los militares que habían estado en aquel hospital.

—¿Y qué? —volvió a preguntar James.

—Parece como si no te interesara.

—¡Oh, sí! Perdón... Me interesa —dijo, volviéndose hacia Ketty y mirándola directamente.

—Pues bien, el coronel Wen es el presidente de esta asociación y ha invitado a algunas de las enfermeras a su casa. La tiene precisamente en la región de los grandes lagos.

CAPÍTULO II

Toda aquella zona de la región de los grandes lagos había estado helada prácticamente hasta el mes de abril. El viento racheado había llegado desde el norte, desde el Canadá, y la capa de hielo se fue haciendo más espesa cada vez cerca de las orillas. Aun ahora, a principios de junio, se veía algún puntito blanco que no era sino un iceberg en miniatura flotando sobre las aguas.

Pero ya los contornos se habían animado, y los propietarios de las fincas ribereñas salían de vez en cuando a dar largos paseos en sus lanchas motoras. Claro que había una zona de cañizales, algo cenagosa, donde solo se podía avanzar con barca de remos y donde apenas se acercaba nadie hasta bien entrado el estío.

Aquella mañana, muy a primera hora, una barca se encontraba estacionada allí, casi en el centro de la ciénaga. Miles y miles de mosquitos empezaban a flotar perezosamente en el aire quieto, sin acercarse aún al extraño intruso.

De pronto, la calma de la quieta mañana fue rota por un disparo.

El hombre que estaba en la barca había fallado un blanco muy fácil, y el pato salvaje al cual había apuntado escapó lanzando agudos chillidos. Pero el hombre de la barca no pareció inmutarse por aquel fracaso.

En realidad, lo del pato salvaje era lo de menos. Lo que aquel hombre pretendía era dar una señal.

En efecto, apenas cinco minutos después, se oyó en la lejanía el petardo de una barca dotada de un motor muy pequeño. El petardeo cesó cuando la barca entró en la ciénaga. Su ocupante tuvo que avanzar a fuerza de remos por entre una especie de selva donde nada se distinguía a tres pasos de distancia, y donde el silencio solo era roto por el monótono zumbido de los miles de mosquitos.

Por fin, el hombre que llegaba vio al que acababa de disparar.

Detuvo la barca a poca distancia, tras cerciorarse de que quedaban ocultos por los altos cañaverales.

—Hola, coronel Wen.

—Hola, James.

El coronel Wen dejó la escopeta en el fondo de la barca y se acercó a la que ocupaba el médico, quien le contemplaba con una mueca de preocupación.

—Recibí su telegrama cifrado y he oído su señal, coronel. ¡Menudo estruendo! Pero no ha matado el pato.

—¿Qué ocurre? Aunque en realidad ya lo imagino... Cuando recibí su telegrama lo pensé enseguida.

—Y seguro que acertó. Es por lo de Alma. He sabido que ella murió hace muy pocos días.

—Sí, es cierto.

—¿Fue un accidente de verdad?

—Yo creo que sí. Hice todo lo posible por salvarla, se lo aseguro. Luché toda una noche.

—Ya sé que usted hace siempre lo posible, James.

—El coche que la arrolló le produjo heridas mortales de necesidad.

—¿Qué tal el tipo que lo hizo? ¿Qué tal ese Wilbur?

—Me parece que está libre de toda sospecha. Es un joven alocado, como tantos otros. Su padre tiene dinero y él estrena modelos de coches deportivos con gran frecuencia. Cree que todas las calles y carreteras del país son de su exclusiva propiedad. No hay otra explicación para lo que sucedió.

El coronel Wen asintió en silencio, mientras encendía un cigarrillo calmosamente.

Si durante un tiempo no pudo moverse como los demás hombres, eso no se notaba ahora en ninguno de sus gestos, al menos dentro de la barca. Era un tipo recio, duro, en cuyos ojos palpitaba una chispita cruel.

—De todos modos —dijo—, he ordenado que abran una investigación completa y me digan todo lo que sepan de Wilbur, ese repugnante muñeco.

—Me parece muy lógico, coronel.

Wen alzó la cabeza, clavando en James sus ojos cada vez más duros y fríos.

—¿Qué pudo obtener de Alma?

—Nada.

—Yo creí que...

—Hasta ahora el organismo de Alma respondía normalmente. No podía decirse aún que fuera una mujer tirada. De todos modos, tenía la sensación de que iba a lograr algún resultado... cuando ella murió.

Wen lanzó una maldición en voz baja.

—James, ¿qué puedo decirle que usted ya no sepa en torno a este maldito asunto? El Gobierno tiene aquí cerca, en una base submarina bajo las aguas del lago Hurón, uno de sus más importantes centros de experimentación atómica. Todo funciona allí con la máxima seguridad, con la máxima precisión... pero de vez en cuando algo falla y un hombre o una mujer de los que allí trabajan sufre las consecuencias.

Fumó parsimoniosamente antes de añadir en voz baja:

—Son cosas que al principio no parecen graves. Quemaduras internas causadas por la radiación, y que pueden llegar a originar un cáncer, pero que el paciente no nota de momento. En algún caso observamos que las radiaciones, al afectar determinadas zonas del cerebro, causaban amnesia, pérdida de facultades e incluso la locura. Pero ninguno de esos accidentes, vamos a llamarlos así, podía recibir un tratamiento normal.

—Y me los enviaban a mí —susurró James.

—Cierto... Eran tan pocos que podíamos hacerlo así. Todos los centros de curación más o menos oficiales están controlados por sistemas de espionaje regidos desde el exterior. A una persona ingresada allí en circunstancias extrañas, le hubieran sacado información enseguida. Hubiera dicho dónde está nuestro centro de experimentación, que hoy sigue siendo aún, afortunadamente, uno de los lugares más secretos y mejor guardados del mundo. Por tanto teníamos que ponerlas bajo el cuidado de alguien que no despertara la menor sospecha. De un médico joven y al parecer insignificante que vivía en una población perdida cerca de la región de los lagos. Todo había ido bien hasta ahora, James.

—¿Bien?

—¿Y por qué no?

—Los pacientes morían, coronel. Morían algunos de ellos.

—Pero obteníamos de sus cuerpos magnífica información sobre los efectos de las radiaciones. Información que tiene un valor

militar incalculable. Desde Hiroshima y Nagasaki no se ha probado los efectos de la radiación sobre seres humanos. Esos cuerpos valían millones para nosotros. Se los confiamos a usted, James, para que sacara de ellos toda la información posible. Lo demás... no importaba.

—A veces me pregunto si después de tantos años en el servicio secreto, sigue usted siendo un ser humano, coronel.

—La eficacia es lo único que me importa. Y en este caso, usted no nos ha servido, James. Ni un dato obtenido de esa mujer, que fue afectada directamente por las radiaciones. ¿Es que realmente a ella no le ocurría nada?

—Por ahora no.

—¿Y no encontró anormalidades en su cadáver?

—Yo mismo le hice la autopsia, antes de autorizar la inhumación. Pero me pareció normal.

Wen se encogió de hombros.

—Quizá será que las radiaciones atómicas ya no producen efecto... Bueno, de todos modos es un dato a considerar. Haga un informe, James, y preséntemelo cuanto antes.

—Sí, señor.

El coronel Wen movió los remos. Pareció como si fuera a retirarse.

—¡Ah!

—Diga, coronel.

—He invitado a una chica que usted conoce... A Ketty.

—Ya me lo ha dicho.

—Supongo que ha comprendido que era un pretexto para que usted pudiera venir aquí... Acompáñela a todas partes y así tendremos ocasión de charlar usted y yo sin llamar la atención demasiado. Yo fingiré interesarme por la muchacha.

—No le costará trabajo. Es muy bonita.

—La conozco. Estuvo conmigo hace tiempo, en el hospital, cuando yo empezaba a organizar desde allí toda la vigilancia de los servicios de experimentación atómica. Una chiquilla deliciosa y que no nos causará ninguna preocupación. Me pareció que era un buen pretexto para traerle a usted aquí.

—Lo comprendí enseguida. Le dije a ella que viniese, y que yo no podría acompañarla. Demostré muy poco interés. Pero eso no me

impide hacerle visitas de vez en cuando. ¿Va a estar ella aquí bastante tiempo?

—Unos quince días.

—Entonces vendré un par de veces.

—De acuerdo, pero tenga en cuenta que en los laboratorios subterráneos acaba de producirse otro accidente. Una ingeniero de las secciones de control cometió un error y sufrió los efectos de una leve radiación atómica, pero que dañó una parte especialmente sensible de su cuerpo: los ojos. Ahora va con ellos vendados y se la enviaremos a usted. De momento está siendo atendida por un especialista que también pertenece a nuestros servicios.

James apretó los labios.

—No acaba de gustarme este trabajo, coronel.

—¿Por qué, entonces, aceptó pertenecer al servicio secreto?

—Creí que mi trabajo sería otro.

Wen sonrió.

—Casi todo lo que se hace en el servicio secreto es desagradable —dijo—. Cuando hay que matar a alguien, resulta que ese alguien nos es simpático. Cuando hay que visitar un país extranjero, resulta que a uno le envían al Sahara en verano y a Groenlandia en invierno. Cuando hay que conquistar a una mujer, esta es tuerta y fea. Más vale que se lo tome con calma, James. Usted límitese a cumplir órdenes.

Dio un suave impulso a los remos, alejándose cosa de un par de yardas. James le hizo una seña.

—Coronel...

—¿Sí?

—Alma, la mujer muerta, era madrastra de Ketty... Se dio esa desdichada casualidad.

—Siempre se producen casualidades en la vida. ¿Ella lo ha sentido?

—Sí, claro. Pero había algo más. Alma, esa mujer, se había enamorado de mí. No hice nada por fomentar ese sentimiento, pero pasábamos juntos demasiadas horas. Al final ya casi empezaba a sentirme incómodo... pero también he lamentado su muerte.

Wen lanzó una carcajada. Fue una carcajada inhumana, cruel.

—Yo también lamentaré la suya, James. Le prometo ir a su entierro.

Y se alejó por entre las cañas silvestres, remando vigorosamente. Estaba bien lejos de imaginar que era él quien iba a morir. Que iba a morir enseguida.

Una de las cañas que sobresalían del agua se alzó, elevándose por encima de las otras.

El hombre semidesnudo que había estado bajo el agua, respirando por aquella caña, sacó la cabeza e hizo un par de inspiraciones profundas, mientras se arrancaba los auriculares que le habían servido para oír bajo el agua.

Luego nadó silenciosamente, y al llegar a la altura de la barca, oculto aún entre los cañaverales, extrajo un largo cuchillo de una funda que llevaba sujeta a la cintura.

CAPÍTULO III

Wen remaba tranquilamente, dirigiéndose hacia la zona libre del lago. Dentro de poco dejaría atrás los cañaverales y saldría a la zona de aguas limpias, desde donde se divisaba la magnífica perspectiva de la costa. Le parecía que allí se respiraba mejor.

Pero antes de salir notó que su barca era sacudida bruscamente.

Sorprendido, sin acertar a reaccionar a tiempo, vaciló hacia un costado. Pero no era tonto, y en fracciones de segundo se dio cuenta de que alguien, emergiendo de las aguas, estaba tratando de volcar su frágil embarcación. Intentó equilibrarla, yendo hacia el otro lado.

Pero sus músculos, castigados durante la guerra de Corea y no repuestos totalmente, fallaron. Lanzó un grito al notar que la barca se volcaba totalmente.

Antes de poder hacer un movimiento más, ya se estaba hundiendo en las turbias aguas del cañaveral.

Allí estaba perdido. Wen había sido un gran nadador, pero ahora apenas podía sostenerse a flote. Chapoteó, mientras lanzaba un grito para intentar llamar la atención de James.

Silencioso como un pez, el hombre que llevaba tan solo una pequeña prenda de baño y una funda ceñida a la cintura, se deslizó bajo las aguas con el cuchillo entre los dientes.

Veía perfectamente a Wen, pero este no podía distinguirlo a él. Fue un juego de niños asestar el primer golpe.

El cuchillo se hundió hasta el mango en el corazón de Wen, que solo pudo emitir un leve murmullo.

Aún intentó luchar, sin embargo.

Aún intentó sujetar con ambas manos aquella hoja de acero que le llenaba de frío las entrañas.

No pudo hacerlo.

Su desconocido asesino retiró la hoja y la clavó por segunda vez, hundiéndola en el mismo sitio.

Fue bastante.

Wen se hundió lenta y silenciosamente. Su mano derecha, crispada, aún emergió unos instantes de entre las aguas, como una

llamada de auxilio desesperada e inútil.

Luego volvió a hacerse el más absoluto silencio, solo roto por los mosquitos que lanzaban al aire su monótono zumbido.

CAPÍTULO IV

La habitación estaba perfectamente blindada, y su interior daba la sensación de pertenecer a un acorazado.

Una luz casi irreal, de color entre blanco y azul, flotaba en ella. Las personas que se encontraban en el interior de aquella cámara parecían sombras.

Un leve zumbido, producido por los motores que renovaban el aire, era el único sonido que se escuchaba de manera constante.

Había allí docenas de aparatos de control, extraños instrumentos que medían longitudes de onda hasta hace poco desconocidas para el hombre, y que graduaban los apostits, los espectros luminosos, el calor del punto negro, los cien aspectos, en fin, que hacen de cada onda luminosa una pequeña maravilla capaz de ser calculada y medida por el hombre.

Había también aparatos para comprobar extrañas radiaciones que llegaban a través del agua. Porque aquella habitación, o laboratorio, o como quisiera llamársele, era submarina. Porque por unas pequeñas mirillas redondas se distinguían los peces de las grandes profundidades, cuando a veces se acercaban hasta allí surgiendo de la espantosa negrura del fondo de las aguas del lago.

Seis hombres trabajaban allí, y uno parecía inspeccionar su trabajo. Todos iban vestidos de un modo exactamente igual, con equipos de color azul, que en caso necesario podían confundirse con el color de las aguas del lago. Sus rostros estaban muy blancos, a causa de no haber recibido durante bastante tiempo los rayos del sol. Pero uno de ellos estaba instalando en la cámara un equipo completo de rayos infrarrojos para dar a sus compañeros un color normal cuando volvieran a la superficie. El relevo, después de un turno de inmersión de tres semanas, estaba próximo a llegar.

El que controlaba el trabajo de los demás era un hombre alto, hercúleo, cuyas facciones parecían haber sido talladas en un bloque de granito.

Parecía uno de esos hombres que no tienen edad. Su vigor era juvenil, pero sus ojos y su expresión reflexiva parecían los de un

viejo.

Elevaba en la derecha un cronómetro, y de vez en cuando se detenía ante uno de los complicados mecanismos, permaneciendo en silencio ante él durante algunos segundos, mientras lo estudiaba atentamente.

El ritmo de trabajo dentro de la extraña cámara submarina era lento, paciente, pero incansable.

Los hombres no se movían, atentos solo a sus instrumentos. Los resultados de estos pasaban a un equipo de cálculo electrónico que en contados segundos realizaba operaciones y transmitía resultados por medio de números de diez y doce cifras.

Todo ello lo controlaba el gigante del uniforme azul, cuyos ojos sin alma iban de un lado a otro de la cámara, analizando resultados y dirigiendo de vez en cuando, mediante impulsos eléctricos, otra máquina que reunía todo el material y los resultados obtenidos, realizando minúsculas fotocopias, algunas de ellas del tamaño de un punto tal como queda escrito en una carta normal.

La cámara estaba cerrada mediante puertas de acero blindado, y su aislamiento parecía absoluto.

De pronto, aquella calma casi espectral quedó rota.

Una de las puertas de acero se abrió y un hombre de mediana estatura, también de formas hercúleas, penetró en la cámara.

Causaba un vivo contraste su aspecto primitivo, sin más vestiduras que su leve bañador y una funda con un puñal, si se le comparaba con la perfección de lo instalado en aquel lugar, y con los equipos modernísimos y casi fantasmales que los demás hombres vestían.

Pero el recién llegado, pese a su aspecto, debía ser muy importante, porque el gigante fue rápidamente hacia él.

Le interrogó con la mirada.

—Sí —dijo lacónicamente el recién llegado.

—¿Ha muerto Wen?

—Tal como usted ordenó.

—¿Y su cadáver?

—Flota en el lago. Lo encontrarán fácilmente, si es que no lo han encontrado ya. Antes de morir llamó a uno de sus subordinados, a un hombre a quién dio el nombre de James.

—¿Oíste su conversación?

—Sí, desde luego. Los amplificadores para escuchar bajo el agua han dado un resultado perfecto.

—Está bien, acompáñame.

Le bastó al gigante pisar una determinada zona, cercana a la puerta, para que esta se abriese con un silencio casi absoluto. Pudo verse entonces otra sala más pequeña, donde tres hombres más, también vestidos con equipos azules y poderosamente armados, formaban una especie de cuerpo de guardia.

El gigante pasó a otra pieza lateral de aquella, siempre seguido por el individuo que llevaba un bañador y un puñal en su funda.

La nueva pieza era un despacho. Desde allí, por otras mirillas mayores, se veían flotar los peces del fondo del lago. Las paredes eran de acero, y unos escasos muebles, todos metálicos, formaban la decoración de aquel extraño lugar, un sitio totalmente desprovisto de alma.

El gigante se sentó tras la mesa.

Sus dedos movieron los resortes de un magnetófono, para grabar todo lo que el recién llegado tenía que decirle.

—Habla —ordenó—. Cuenta todo lo que Wen habló en el lago con ese hombre llamado James.

—La conversación fue muy interesante —dijo el hombre del puñal—. Averigüé mucho más de lo que pensaba al principio.

Y el asesino de Wen contó a su jefe todo lo ocurrido y todo lo oído entre los cañaverales del lago Hurón. Le dio cuenta de que todas las personas lesionadas en el centro de experimentación atómico del fondo del lago, que el Gobierno norteamericano guardaba con el mayor secreto, eran entregadas a un médico joven llamado James, el cual trabajaba en la pequeña ciudad de Marion. Aparentemente era un médico de pueblo, sin ninguna importancia, y al que nadie se le hubiera ocurrido relacionar jamás con el servicio secreto. Sin embargo, él realizaba investigaciones y proporcionaba al Gobierno resultados que tenían un enorme interés militar, ya que efectivamente, desde Hiroshima, no se habían experimentado las radiaciones atómicas sobre seres humanos, y los estrategas ignoraban hasta qué punto eran eficaces las terribles armas de que disponían.

Todo esto resultaba helado, sin alma, y carente de la más mínima dosis de humanidad. Cualquier persona sensible que

hubiera escuchado a aquellos hombres se hubiese estremecido de horror, pero la verdad era que también se hubiera estremecido de horror oyendo a los estrategas del Pentágono. Siempre que se hablaba de una posible guerra atómica, cualquier atisbo de humanidad quedaba excluido.

Se sentía como una náusea.

Pero los dos hombres reunidos en aquel extraño despacho estaban muy interesados por su propia conversación, y diríase que se sentían más felices que en cualquier otro momento de sus vidas.

Al fin, el gigante estrechó la mano del hombre del puñal.

—Has realizado un magnífico trabajo, George. Lo que tú has averiguado hoy nos servirá de mucho en lo sucesivo. Recibirás un premio.

—Gracias, Sanders.

Sanders se acarició suavemente la larga cicatriz que recorría su mejilla izquierda, desde la comisura de los labios hasta el párpado del mismo lado.

Luego se puso en pie.

El hombre del puñal le imitó.

—¿Quieres ponerte un equipo especial para salir a nado? —preguntó Sanders.

—No, gracias. No es necesario.

Salió de allí, encaminándose a una pequeña pieza estanco, también blindada, donde había dos escotillas.

Desde el interior, un hombre manejó los mandos, y el individuo del puñal fue proyectado hacia la superficie del lago, que se hallaba a gran distancia. La enorme presión hubiera afectado a cualquier otro organismo, pero no ejerció, al parecer, ninguna influencia en George, quien en épocas aún recientes había trabajado como buscador de perlas en las costas del Océano Índico.

Nadó calmosamente, sin gestos violentos, hasta salir a la superficie del lago.

No salió por cualquier lugar, sino debajo de los tablones de un gran embarcadero.

Estuvo allí oculto largo rato, inspirando aire con fuerza, hasta recuperarse totalmente de la fatiga.

Luego elevó el brazo.

Sobre su cabeza se alzó una trampilla, suficiente para que pasara

su cuerpo.

El hombre se izó y penetró de este modo en una casa ribereña del lago, la cual contaba con un amplio embarcadero propio.

La habitación en que se encontraba era toda de madera, construida a estilo rústico, pero ya se sabe que esas viviendas falsamente rústicas suelen ser las que más dinero cuestan.

Todos los detalles de aquella habitación hablaban de buen gusto, riqueza y elegancia.

Era uno de esos lugares donde los millonarios olvidan las preocupaciones que dejaron en sus despachos de Nueva York, Chicago o Detroit. Uno de esos sitios donde uno solo piensa en la pesca, el tabaco de su pipa y quizá en una rubita a la que no ha visto desde el mes pasado.

Sin embargo, para el hombre que acababa de emerger de las aguas aquel no era un sitio de placer.

Cerró la trampilla de nuevo y se cercioró de que quedaba bien disimulada. Luego se encaminó a un armario, que abrió, sacando de él todo lo necesario para secarse y asearse. Incluso había allí una botella de líquido para darse un reconfortante masaje.

El hombre se desnudó, se secó y friccionó vigorosamente y al fin escondió el cuchillo en un departamento secreto del propio armario, un departamento que solo una persona muy iniciada hubiera sabido encontrar.

No cabía duda de que el individuo estaba contento, porque mientras hacía todo esto silbaba una cancioncilla.

Sus ropas también estaban allí.

Se vistió con deportiva elegancia, encendió un cigarrillo y salió de la habitación.

La casa era amplia y bonita, pero parecía vacía. Todos los muebles eran de extraordinaria calidad, y la luz clara que flotaba sobre el lago penetraba a raudales en las magníficas estancias. Dos de ellas daban directamente sobre el embarcadero, donde había unas mesitas y unos toldos. Algunos hoteles ribereños no tenían tantas comodidades.

George vio que una canoa de la policía se acercaba velozmente a la zona de los cañaverales. Sonrió.

—Ya han debido de encontrar al coronel —dijo a media voz—. Lo siento por el muerto.

Salió al exterior, donde había aparcado un magnífico «MG» color blanco. Subió a él.

Fue entonces cuando divisó a la muchacha que estaba sentada a un lado de la puerta de la casa, tomando quietamente el sol.

—Adiós, Margit —dijo el hombre.

—Adiós —contestó la muchacha, reconociéndole por la voz.

Porque la muchacha no podía reconocerle de otro modo.

Era ciega.

CAPÍTULO V

El cadáver del coronel Wen estaba rígido sobre la mesa de mármol de la pequeña Morgue del cementerio. La muerte no había podido borrar de su rostro la expresión de sorpresa, casi de estupor, con que se fue al otro mundo. Así, tendido y quieto, parecía más alto y más delgado, y causaba una especie de escalofrío.

James, que había visto tantos muertos, sentía ante este algo incomprensible, algo que no había sentido nunca.

Ketty también estaba allí.

Tenía una mueca de estupor en el semblante, y el luto que llevaba por su madrastra parecía llevarlo también por Wen. Se notaba que había llorado un poco. Su cuerpo ondulante, de sirena viva, era la única nota palpitante y bonita que había en aquella habitación fúnebre.

Alguien se acercó a James, andando sigilosamente.

Era un hombre alto, más bien grueso, y que sin embargo lograba caminar con el sigilo de un gato.

Hizo una seña a James y este comprendió.

Salieron los dos, con unos minutos de intervalo, y se encontraron en uno de los caminitos del pequeño cementerio, a espaldas de la Morgue. En aquel cementerio descansaban para siempre modestos pescadores del lago y opulentos millonarios, que un mal día habían pillado de repente su infarto de miocardio en alguna de sus residencias señoriales de la costa.

El hombre alto dijo:

—He venido expresamente. James.

—Lo comprendo, señor.

El «señor» era nada menos que Flanagan, el agente de coordinación y jefe del servicio secreto presidencial en toda aquella zona. Un fulano al que le bastaba mover un dedo para que docenas de pistoleros profesionales, pagados por el Gobierno, se pusieran en movimiento en cualquier lugar del mundo.

Un tipo importante, tan importante que James solo lo había visto dos veces. Cuando empezó a trabajar para el servicio secreto y

ahora.

—¿Usted llegó a hablar con Wen? —preguntó el hombre alto.

—Sí. Fui el primero que acudió a su llamada de auxilio y descubrió su cadáver. Tuve la desgracia de llegar un par de minutos demasiado tarde.

—¿De qué hablaron?

—Yo le di cuenta de mi actuación, le dije que había muerto en accidente una mujer llamada Alma, a la que yo estaba atendiendo últimamente, y él me notificó que debería hacerme cargo de otro caso, relativo a una mujer ciega.

—Comprendo.

—Luego nos separamos, o mejor dicho, él se alejó de mí, dando por terminada la entrevista. A los pocos instantes oí un grito. Remé con toda la rapidez que me fue posible en aquella dirección, y ya casi fuera de los cañaverales encontré el cadáver. Me di cuenta inmediatamente de que nada se podía hacer por Wen.

—Ya he leído el resultado de la autopsia —dijo Flanagan—, y me doy cuenta de que a Wen lo mató un asesino profesional, y además, conocedor perfecto de toda esta parte del lago.

—Creo que sobre ello no hay ninguna duda, señor.

—Dese cuenta de lo que ello significa, James. Wen, aparentemente, siempre había sido un hombre que estaba bien lejos de todo lo relacionado con el espionaje. Nadie sospechaba de él. De repente, lo matan, lo cual significa que no solamente se había descubierto la identidad del coronel, y su verdadero trabajo, sino que alguien sabía ya además en qué clase de asuntos estaba actuando.

—Lo comprendo, señor. Y me pregunto qué podemos hacer.

—La policía realizará trabajos rutinarios de investigación, y puede que averigüen algo, aunque lo dudo. El ejército nombrará un agente de enlace en la policía para que tenga informados de la marcha del asunto a los jefes militares. Naturalmente, nos informará a nosotros también, pero muy privadamente, porque en apariencia, Wen nada tenía que ver con el servicio secreto.

—Comprendo, señor.

—Yo he deseado hablarle porque ahora su misión se ha vuelto muy peligrosa, James. Debe extremar las precauciones en el nuevo caso que se le ha encomendado. ¿Tiene idea de dónde está la

muchacha a la que ha de atender?

James señaló con el dedo una lejana y lujosa casa, a la orilla del lago, provista de embarcadero.

—Allí, señor —dijo—. Vive allí. La muchacha, ya se lo he dicho, es una ciega.

CAPÍTULO VI

—La pesca se ha alejado de estos contornos —dijo el hombre, mientras cargaba su pipa—. Antes este era un magnífico lugar, y mucha gente venía a esta zona solo por eso, por la pesca. Ricachones de Chicago y altos funcionarios de Washington se pasaban aquí semanas y semanas haciendo por la noche capturas que daban envidia. Pero ahora... —alzó los brazos al cielo, como poniéndolo por testigo de su desdicha—. ¡Diantre, esto cambia tanto que pronto me arruinaré! No tengo en mi hotel, pese al tiempo bonancible de principios de temporada, ni la mitad de clientes que en igual época del año anterior. E incluso han aparecido algunos peces muertos. ¿Usted lo entiende, señor? ¿Cómo pueden haberse contaminado las aguas?

James encendió también una pequeña pipa de madera de cerezo, mientras reflexionaba.

Se daba cuenta del significado de todo aquello.

Pero ¿era posible que las radiaciones atómicas del laboratorio secreto del Gobierno hubieran contaminado las aguas? Ello, caso de ser cierto, representaría un peligro grave. ¿O acaso la emigración de los peces se debía a otra causa?

—Con la pesca ocurren cosas muy raras. Los peces también tienen sus caprichos —dijo—. Usted ya lo sabe.

—Oh, sí... Con los peces se producen movimientos migratorios, como con las personas, pero no son tan repentinos como lo que sucede aquí. Y además, no olvide que estamos en un lago, por grande que este sea. En fin, ¿para qué quejarse? Buenas noches, señor. Si luego quiere venir a tomar un «scotch» al hotel, le acompañaré con mucho gusto.

—Gracias, pero todavía estaré un rato junto a la orilla. Hasta luego.

—Hasta luego.

El dueño del hotel se alejó y James quedó solo. El silencio en torno suyo se hizo solemne, espeso, casi religioso. No se veía a nadie por las orillas del inmenso lago.

Todavía James aguardó un buen rato, hasta que el tabaco de su pipa se extinguió por completo.

Luego, poniendo en práctica lo que había pensado durante todo aquel tiempo, caminó hasta unos matorrales cercanos al lago y se ocultó entre ellos. Se desnudó rápidamente, quedando solo con un reducido pantalón de baño que ya llevaba debajo de sus ropas ordinarias, y una linterna chata.

Se cercioró de que nadie le vigilaba, y entonces se introdujo en el agua silenciosamente.

No produjo ni un chapoteo.

Actuaba como un preso fugitivo que atraviesa a nado los fosos de una fortaleza.

James era un experto nadador y un buceador mucho más experto todavía. Había vivido siempre en la región occidental de los Grandes Lagos y conocía bien todas las particularidades de estos. Durante largo rato fue nadando calmamente, observando en torno suyo por si encontraba algo que le llamase la atención.

Dos o tres veces buceó hasta una considerable profundidad, empleando para alumbrarse la lámpara especial, de pequeño tamaño, que ya llevaba colgada del cuello. No notó nada, excepto una ausencia bastante notable de peces.

Era extraño, porque sin embargo, en otros sectores del lago, los peces abundaban.

Parecía como si se sintieran atraídos hacia un determinado sector, y en cambio rechazaran otros.

James reflexionó intensamente sobre esto, mientras seguía nadando y mientras el frío de las aguas penetraba poco a poco en él, hasta adueñarse de su organismo.

Hasta mes y medio antes las aguas habían estado heladas, y el frío que almacenaban era aún muy considerable.

James notó que sus miembros se agarrotaban, y entonces fue regresando poco a poco hasta la orilla.

Bruscamente, en la zona donde antes no había apenas ningún pez, aparecieron varios de gran tamaño, que empezaron a dar vueltas en torno suyo, a poca profundidad.

Sin embargo, venían de abajo, del fondo...

¿Qué los atraía allí? ¿Por qué habían permanecido tan largo rato en las profundidades?

Confiaba en la suerte. Quizá lograría algo, aunque fuese flotando a oscuras de un lado para otro.

Silenciosamente, se zambulló de nuevo.

Las tinieblas le envolvieron por completo. Muy cerca de la superficie se divisaba algo, a causa de la luz de la luna, pero aquella luz se disipaba a un metro de profundidad. Más allá todo eran tinieblas tan espesas como las que deben aguardar tras el umbral de la muerte.

James no se desanimó.

Cuando uno no espera nada, tampoco desespera... James sabía que podía estar allí hasta que empezasen a agarrotarse sus músculos. Quizá hallase algo mientras tanto.

Y lo que halló, al cabo de diez minutos, fue lo que menos podía imaginar.

¡Una luz!

¡Una luz que flotaba en las entrañas del lago, buscando lenta y silenciosamente!

El cerebro de James funcionaba con rapidez. Alguien estaba buscando algo, quizá a él mismo. Lo que hacía falta era saber si se trataba de la policía.

Fue aproximándose lentamente a la luz.

Él contaba con una ventaja, y era la de que resultaba completamente invisible, mientras que el otro era como un faro que a cada momento estaba señalando su posición.

Las linternas submarinas son de luz enteramente recta, de modo que solo iluminan la zona muy concreta a la cual se dirige el foco. Un objeto situado a dos pasos más allá es casi imposible verlo, y de aquí que sea muy espectacular, pero muy peligroso, introducirse por la noche bajo las aguas.

Claro que en aquel lago no había pulpos ni tiburones, ni ningún pez que pudiera causar el menor daño. El hombre de la linterna flotaba por eso lenta y descuidadamente.

James se acercó hasta unos cinco metros, dando vueltas en torno suyo, intentando identificarlo.

No podía verle la cara, ni mucho menos, pero a aquella distancia era capaz de distinguir sus relieves. Se trataba de un hombre de estatura similar a la suya, equipado como él, pero con dos instrumentos que le convertían en muy peligroso: la linterna y

un fusil submarino.

James debió haberse alejado al comprobar aquello, pero siguió flotando en torno al extraño individuo. La curiosa situación duró casi tres minutos, mientras James se preguntaba si atacarle o no. Probablemente lo hubiera hecho, caso de estar seguro de no hallarse ante un policía. Pero tenía que obrar con la máxima cautela para no complicar la situación.

Fue entonces cuando ocurrió algo que no esperaba.

Un gigantesco pez pasó como una exhalación entre los dos, entre él y el hombre de la linterna. El disco de luz lo siguió con curiosidad, tratando de captar sus movimientos. James trató de alejarse, al darse cuenta de lo que iba a suceder, pero ya era tarde.

El disco le iluminó fugazmente. Pudo escabullirse, pero notó que la luz se movía alocadamente, tratando de enfocarle otra vez.

Por fin lo consiguió. James notó el disco luminoso clavado en su pecho y se contorsionó tratando de escabullirse.

Fue la súbita línea de espuma lo que le advirtió. Desesperadamente hizo una violenta contorsión en el agua y notó que la jabalina lanzada por el fusil le rozaba la espalda. No llegó a perforarle la piel por media pulgada. Inmediatamente notó que su enemigo dejaba caer el fusil, después de fallado el disparo.

No obstante, se vino hacia él sin dejar de enfocarle. James notó que algo brillaba fugazmente en su mano derecha. ¡Un puñal! ¡Y él estaba desarmado!

Comprendió que toda su ventaja, por no decir la única, consistía en seguir invisible y por esto trató de esquivar el rayo de luz. Su enemigo, sin embargo, era hábil y debía conocer al dedillo toda la técnica de las exploraciones nocturnas. James no pudo desorientarlo. Vio brillar el cuchillo a pocos dedos de su cabeza y lo esquivó con un quiebro de la cintura igual que en el *ring* de entrenamientos había esquivado muchas veces los golpes dirigidos a su rostro.

Abrazó entonces a su enemigo y le aplicó una llave a la pierna derecha. Aunque no era un luchador, James tenía la fuerza de un «catcher». Sus piernas casi agarrotadas resistían bien en el agua. Sin embargo, su enemigo era resbaladizo como un pez y logró escabullirse.

James lanzó una maldición para sus adentros.

Se dio cuenta de que la luz descendía, y creyó que su enemigo descendía también. Ahora, bruscamente, de atacado había pasado a ser atacador. Fue hacia abajo a toda velocidad, y demasiado tarde comprendió que lo que su adversario había hecho era otra cosa. Simplemente había dejado caer la linterna para desorientarle.

James sintió la muerte a su espalda como un ramalazo de frío.

Se volvió inmediatamente, cuando ya su enemigo estaba ya casi sobre él blandiendo el cuchillo. La hoja arañó una punta de su bañador, hiriéndole muy ligeramente. James tomó febrilmente la muñeca armada y la retorció con fuerza salvaje para obligar a su enemigo a soltar el cuchillo. Pero no lo consiguió. Lo único que pudo fue cortarle parte de la muñeca, y a la luz fantástica de la linterna, que llegaba desde el fondo, vio brotar la sangre como un vapor impalpable. Bruscamente, el desconocido tuvo como un espasmo que contorsionó todo su cuerpo, y James fue incapaz de controlar aquel inesperado movimiento. Notó que el adversario se le escurría como una anguila. Trató de perseguirle, pero la oscuridad era tan espesa como en un panteón. Dio dos vueltas velocísimas antes de convencerse de que estaba solo. Entonces emergió a la superficie, tratando de ver a su enemigo nadando por ella.

Y lo vio, pero ya estaba lejos. La pelea les había conducido sin que se dieran cuenta hasta las inmediaciones de la orilla. En este momento, el desconocido estaba saliendo ya.

Se veían las luces de situación de un coche que aguardaba. Además, no había venido solo.

James comprendió que estaría perdido si su adversario conseguía refuerzos. Dos o tres hombres con linternas y con fusiles submarinos le cazarían como se caza a un pez herido. Necesitaba salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Empezó a nadar, pues, enérgicamente hacia la orilla, pero no hacia aquella en que estaba la casa de Wen, sino a la opuesta.

Al llegar a tierra vio cuatro puntos de luz en la orilla contraria. Su enemigo había conseguido refuerzos, efectivamente, y entre todos le buscaban. Aquellas linternas se hundieron en el agua poco después.

James ya no quiso ver más.

Mejor dejarles perder el tiempo. Ya no le encontrarían.

Caminó descalzo por la hierba ribereña del lago hasta llegar a su

casa. Desde allí podía ver, a unos cien metros, las luces de situación del coche de los desconocidos. No pudo distinguir la matrícula ni sus características. Por la posición de las luces le pareció que debía ser un «Chevrolet», último modelo, pero sin poder asegurarlo. Cuando estaba observándolo, se oyó un ronquido suave, de motor nuevo y bien ajustado, y el coche desapareció.

James entró por la ventana en su habitación, cerrándola luego cuidadosamente.

Estaba extrañamente agotado y no tardó en quedarse dormido. Pero su sueño estuvo continuamente cortado por pesadillas donde predominaban dos colores: el rojo de la sangre y el gris de la niebla.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, James se despertó con un terrible dolor de cabeza. El frío del agua, la noche anterior, le había afectado más de lo que supuso. Tomó dos aspirinas y un trago de *whisky*, se dio una buena ducha y se vistió. Luego descendió a la planta baja.

Desde que había muerto Wen, su casa del lago tenía un extraño aspecto de tumba. La servidumbre caminaba por allí silenciosa y triste. Nadie miraba la cara a nadie. El silencio de las estancias hubiera hecho pensar a cualquiera que la casa se encontraba vacía.

Pero aquella mañana, una suave música llegaba desde una de las piezas de la planta baja. Un tocadiscos de alta fidelidad desgranaba un *jazz* lento y un poco aburrido. En las estancias vacías, las notas sonaban como pasos cautelosos. James entró en una de las salas de estar y vio a Ketty quieta junto a una ventana.

Ketty giró al oírle entrar.

Fue al tocadiscos, lo detuvo y el silencio se hizo entre ellos. Miró a James, dirigiéndole una estrecha sonrisa.

James apretó su mano.

Le turbaba el contacto de la mujer, el contacto de aquella piel suave, cálida, y le turbaba sobre todo sentir la proximidad de su cuerpo palpitante.

¿Qué tenía Ketty? ¿Era a causa de la flexibilidad de su cuerpo? ¿Atraía quizá por la morbidez de su figura? ¿O por sus ojos, donde parecía palpar un misterio?

—Si supiera que perteneces a otro hombre no sé qué sentiría —dijo él inesperadamente—. Si supiera que besas, que amas a otro, creo que me volvería loco.

Ketty quiso sonreír más ampliamente, pero la sonrisa se le fue quedando helada en los labios.

Se daba cuenta de que latía una pasión casi trágica, solemne, en las palabras del hombre.

—James... —susurró—. Nunca me habías hablado así. ¿Qué es esto? ¿Una declaración?

Él desvió la mirada. Se había dejado llevar demasiado por sus

sentimientos, y ahora se daba cuenta de ello.

—No me hagas caso —dijo—. Seguro que estoy un poco trastornado.

—Pues has hablado de un modo que parecía como si pusieras en esas palabras toda el alma.

—Quizá es porque todo me parece distinto ahora, al verme rodeado por la muerte.

—¿Lo dices por lo de Wen?

—Sí, claro.

—Ha sido horrible... ¡y tan inesperado! ¿Sabes, James? Pienso que ahora ya no hay razón para que sigamos aquí. Wen, el hombre en cuya casa estamos, ha muerto.

—Pero la policía nos ha pedido que nadie se mueva de esta zona.

—Cierto. Y yo no sé qué hacer. Estoy aturdida, James.

De una manera que parecía inconsciente, con un gesto impulsivo, se acercó más a él. James la encontró apoyada en su pecho, palpitante, viva, y no supo lo que le ocurría.

Bruscamente, la abrazó.

El contacto con el peligro, con la muerte, le había dado una decisión que antes nunca tuvo en materia sentimental. Para él, antes solo existían su misión, su trabajo. Ahora se daba cuenta de que quizá había cosas más importantes. Cosas que Wen, ya en el fondo de su tumba, se arrepentiría de no haber disfrutado más.

Besó a Ketty hasta hacerle daño, hasta cortar su respiración, hasta torturar sus labios con aquel beso que parecía no ir a tener fin. Echó hacia atrás la cabeza de Ketty y ella susurró, cuando un sople de aliento le permitió hacerlo.

—James, por favor... Por favor...

Un adorno de oro que sujetaba sus cabellos, cayó... Su leve sonido metálico fue lo que los separó a los dos como una lejana campanada.

Ketty recogió el adorno y se lo colocó otra vez, con movimientos lentos, delante de un espejo.

Era imposible decir lo que aquel beso había significado para ella. Imposible decir lo que sentía.

—Voy a salir —dijo de pronto—. Me ahogo en esta casa, James.

—Lo comprendo.

—A veces me pregunto en qué trabajaba Wen. Qué diabólica especialidad debía de ser la suya.

James lo sabía, pero, naturalmente, no lo dijo.

—Quizá lo mataron por error —murmuró—. O quién sabe si con idea de robarle.

—No lo creo, pero ojalá sea como tú piensas. Ojalá no haya detrás nada más tenebroso.

La muchacha, sin mirarle, salió. James oyó su taconeo en el embarcadero. En aquel taconeo había algo enervante, que hacía pensar a James mil cosas prohibidas. Como las piernas de Ketty. O sus labios. O el modo perezoso como se había apoyado en su pecho.

Fue hacia un mueble bar y se zampó dos vasos más de *whisky*, pero le sirvieron de bien poco.

Donde antes imaginaba dos piernas de Ketty, ahora veía cuatro.

Ketty no volvió a aparecer por allí en todo el día. No volvió hasta el anochecer.

* * *

Para entonces, James estaba haciendo otra vez lo que la noche anterior ya intentó. Se estaba sumergiendo de nuevo en las frías aguas del lago, y precisamente en la misma zona.

Ahora James ya sabía dos cosas, las dos muy importantes.

Primero, en aquella parte del lago había algo, puesto que le habían atacado para que él no lo descubriese.

Segundo, ahora estarían preparados para acabar con él.

De todos modos descendió como la vez anterior. Ahora iba provisto de una funda con un cuchillo. Encendió solamente su lámpara a intervalos, para no llamar la atención.

El agua estaba helada, pero no le causó tanta impresión como la noche anterior.

Nadaba suavemente, sin levantar un soplo de espuma, porque daba por descontado que alguien estaría investigando con prismáticos desde algún lugar de la orilla.

Durante más de media hora permaneció a flote, haciendo pequeñas inmersiones, hasta que el frío se fue adueñando de él, penetrando por completo hasta el fondo de sus huesos.

Por entonces ocurrió algo muy similar a lo que había ocurrido la

noche anterior.

Peces que llegaban de las profundidades emergieron de pronto, dando vueltas en torno a él como fantasmas silenciosos. Era como si llegaran hasta allí a causa de una señal convenida.

Pero ¿qué señal obedecían los peces? ¿Qué podían captar ellos en la superficie?

Nada.

El cerebro de James trabajaba con la presión de un volcán cuando llegó al fin a algunas conclusiones.

Lo que atraía a los peces no estaba en la superficie, sino en el fondo del lago. Simplemente los peces remontaban hacia la parte superior cuando lo que estaba en el fondo dejaba de atraerles.

¿Y qué era lo que podía atraerles?

Evidentemente, solo una luz.

Una luz que se encendía, llamándolos al fondo, y luego se apagaba, haciendo que ascendieran de nuevo a la superficie.

Por tanto, en el fondo del lago había algo.

Lo de los peces era un efecto secundario. Simplemente eran atraídos por la luz, cuando se encendía, y ya no sentían la atracción cuando la luz se apagaba. Los que estaban abajo no daban importancia a ese detalle de los peces, o no habían pensado en él. La levísima luz que producían en el fondo no llegaba nunca a la superficie, y además, la apagaban al cerrar la noche, para que no pudiera ser detectada, por ejemplo, desde un avión. Solo él se había dado cuenta de aquellos movimientos inquietantes de los peces.

Pero estas reflexiones le estaban haciendo perder un tiempo que podía ser precioso.

El frío agarrotaba sus músculos y tenía miedo de no poder seguir nadando de un momento a otro.

Vio la sombra negra de un embarcadero que se erigía a poca distancia y nadó hacia él.

Ahora ya no se preocupaba de levantar espuma, importándole tan solo el llegar cuanto antes a su meta.

El frío era cada vez más intenso, más agarrotador.

Pudo al fin llegar hasta el embarcadero.

El agua chocaba sordamente contra los gruesos pilones, produciendo un chapoteo inquietante y sordo. La sensación de oscuridad que se tenía bajo las tablas de aquel embarcadero, era

casi aterradora. Parecía como si uno hubiese caído al fondo de un pozo del que ya no pudiera volver a salir. O como si aquello fuera una tumba marina.

James ya tenía las piernas casi insensibles, pero sus brazos respondían bien, a pesar del cansancio. Pensó salir inmediatamente de allí, volver al lugar donde tenía las ropas, vestirse y llamar por teléfono a Flanagan, que ya había regresado a Washington, dándole cuenta de su descubrimiento.

Puso las manos en las tablas del borde del embarcadero y fue a izarse con un impulso.

Entonces vio brillar el cuchillo.

Demasiado tarde.

El cuchillo era como una lengua de acero que brotaba de las mismas entrañas de la oscuridad, de las mismas entrañas de la noche.

James lanzó un gemido ronco al recibir el golpe del puñal en mitad de su pecho. En el último segundo había podido desviarse, y la hoja de acero, que iba recta a su corazón, chocó con el hueso esternón y no llegó a hundirse del todo. Pero el dolor en todo el cuerpo de James fue tan horrible que le obligó a encogerse, hecho un ovillo, hundiéndose como un fardo en las frías aguas.

Estas se tiñeron con su sangre, pero James, a causa de la oscuridad, no pudo verlo.

Mejor para él.

A nadie le gusta ver que su propia sangre se le pasea por encima de las narices, en las aguas de un lago.

Con un movimiento reflejo, James pudo extraer su cuchillo. Llevaba ya la linterna apagada y no podía ver más que sombras, pero su enemigo era más o menos visible porque estaban casi en la superficie del lago. James lo distinguió viniendo hacia él como un torpedo humano, con su acero por delante.

Crispado de dolor, se retorció en el agua, evitando la segunda cuchillada.

Su enemigo pasó junto a él, y James extendió el brazo derecho, clavándole el acero en el vientre. Se dio cuenta enseguida de que la herida no era mortal, pero al menos limitaría los movimientos de su enemigo.

Este se dio cuenta, también demasiado tarde, de que su

adversario era más peligroso de lo que había supuesto. Y se dio cuenta también de que la primera cuchillada no había sido mortal, como él pensó.

Inmediatamente cambió de táctica.

En lugar de atacar de frente empezó a dar vueltas en torno a James, buscando que este se agotase y tuviera que salir a la superficie a respirar, momento durante el cual no podría verle. Entonces James, desde debajo de la superficie, recibiría la segunda puñalada.

Pero su enemigo también estaba al borde del agotamiento, y también perdía mucha sangre. Los dos se agotaron casi a la vez. Salieron un momento a respirar con las caras desencajadas, y entonces pudieron verse. El enemigo de James era un tipo moreno, robusto, que blandía el puñal como una maza. Desde la superficie intentó asestarle un nuevo golpe, pero el dolor le hizo encogerse y la hoja pasó a bastante distancia de James. Luego los dos se hundieron nuevamente.

Ninguno de ellos quería permanecer en la superficie mientras su enemigo se movía invisible bajo las aguas.

James estaba al borde de su límite de resistencia, y se daba cuenta de que perdía mucha sangre. Sin embargo, su enemigo no estaba en mejores condiciones que él. La herida en el vientre debía dolerle mucho y era más espectacular. Se alzó de nuevo hasta la superficie, y James, que hubiese querido aprovechar la situación favorable, sintió que nuevamente le fallaban las fuerzas.

Los dos emergieron de nuevo. El desconocido lanzó una nueva cuchillada, ahora de abajo arriba, y también falló. James, en cambio, puesto que cada vez se movía con mayor dificultad, se lo jugó todo a una carta y arrojó el cuchillo contra el cuello de su enemigo, con la fuerza de una bala.

Los dos estaban apenas a cinco pasos de distancia. El acero se clavó hasta las cachas en el cuello del desconocido. Este se estremeció, y aquel estremecimiento pareció repercutir en el cuerpo de James.

Nunca había matado a nadie. Al contrario, él había querido salvar vidas. El matar le produjo una sensación áspera.

Vio que su enemigo se hundía, y comprendió que ya no se remontaría a la superficie nunca más. Esta vez sí que la herida

había sido mortal. James, resollando porque ya no podía ni respirar, nadó otra vez hasta al embarcadero.

Se sujetó al borde, con sus últimas fuerzas, y sus dedos resbalaron. Las tablas mojadas parecían impregnadas con jabón. ¡Resbalaban como las escamas de un pez! ¿O quizá eran sus fuerzas? ¿Quizá había llegado al tope de su resistencia?

De su boca partió un estertor. Intentó sujetarse y otra vez resbaló. Fue a lanzar un grito, el grito de su propia muerte, y entonces alguien tiró de él.

CAPÍTULO VIII

Cuando se está al borde de la resistencia, basta una leve ayuda para hacer milagros. La persona que ayudó a James no tenía demasiada fuerza, pero su ayuda resultó suficiente para que él no resbalara. Se izó, mientras contenía un gemido de dolor, y se encontró de pronto, resollando y sin fuerzas, en las tablas del embarcadero.

Alguien estaba junto a él.

Una mujer. Alguien que llevaba los ojos cubiertos por una venda blanca, y que por tanto no podía verle.

¡Una mujer ciega!

¡La que había sufrido los efectos de la radiación atómica en el laboratorio secreto gubernamental! ¡Margit, la mujer a la que él tenía que curar, investigando los efectos que las radiaciones producían en su cuerpo!

Mirando con más atención, ahora se dio cuenta de que estaba en la lujosa casa junto al lago donde le habían dicho que vivía la muchacha. Pero no pudo hacer demasiadas comprobaciones sobre este punto, porque hasta sus ojos empezaban a nublarse.

Con voz muy débil suplicó:

—Por favor... Necesito que un médico me atienda... Estoy perdiendo mucha sangre...

—¿Le han herido?

—Usted no puede verme.

—No. Le he ayudado a salir guiándome solo por el sonido, por el chapoteo del agua.

—¿Quién está en esa casa?

—Ahora yo sola.

—Habrá teléfono.

—Sí, claro.

A pesar de que el diálogo se desarrollaba con gran rapidez, a James le parecía que llevaba varias horas ya tendido sobre aquellas tablas. El dolor era angustiioso.

Se puso en pie y avanzó tambaleándose, hasta llegar al porche

posterior de la lujosa villa. Notó que la muchacha le seguía por su rápido taconeó. Ya cerca de allí, James tuvo que apoyarse en una de las elegantes sombrillas que adornaban el lugar.

No podía más. Sombrilla y él rodaron por el suelo, pero James ya no llegó a darse cuenta.

* * *

El médico había llegado con extraordinaria prontitud. James lo dedujo por el reloj que parecía flotar sobre su cabeza, en la parte alta de una de las paredes de la habitación. Habían transcurrido cincuenta y dos minutos desde que él se introdujo en el agua.

El rostro de la muchacha ciega también parecía flotar en el aire quieto de la habitación. Sus vendajes blancos eran como una máscara. James sintió que algo muy duro apretaba su pecho.

—Te hemos puesto un vendaje especial, colega —dijo el médico—. Pero, ¿qué infiernos te ha ocurrido? ¿Sabes que llevas encima una buena puñalada? Si no llega a ser desviada por el esternón, te mata.

James no podía hablar. Dijo débilmente:

—Sí.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

—Debió ser una equivocación. No lo comprendo. Alguien debió pensar tal vez que iba a robar... Yo solamente estaba nadando en las aguas del lago.

—¿Con la funda de un cuchillo pendiendo del bañador?

James se dio cuenta de que su juego estaba descubierto. O tenía que delatar su auténtica condición, o ponerse en manos de la policía. Cualquiera de las dos cosas significaba un desastre.

—Si no fuera porque nos presentaron en una fiesta el día de tu llegada, habría avisado ya a los polizontes —dijo el médico.

James lo recordó. Sí, él había visto a aquel hombre. Resultaba una gran suerte, después de todo, que no fuera un desconocido para él. Pidió con voz ronca:

—Yo te explicaré. Pero de momento te suplico guardes el secreto profesional.

—Eso va a ser difícil.

—¿Por qué?

—Porque también ha aparecido un cadáver flotando sobre las aguas, muy cerca de aquí. El cadáver de un hombre apuñalado llamado George. Él, ¿sabes? era muy amigo del dueño de esta misma casa.

CAPÍTULO IX

El avión volaba sobre las llanuras de los Grandes Lagos, entre leves capas de nubes que poco a poco se iban hinchando como bolas algodónosas. Los grandes complejos industriales, los nudos de carreteras y los fabulosos cruces de autopistas, con sus enlaces en forma de «ocho», desfilaban bajo los ojos de James, quien, sin embargo, apenas podía cambiar de postura ni moverse del asiento.

La herida, después de dos días de fiebre, apenas le dolía, pero parecía ponerse a rugir en cuanto él hacía un solo movimiento brusco. El viaje era un suplicio.

Y además, aquel avión parecía no ir lo bastante rápido. James ansiaba llegar a Washington, para hablar con Flanagan y decirle cosas que por teléfono nunca le hubiera podido decir. Ansiaba encontrarse ante el poderoso jefe para hablarle de sus sospechas. Pero era como si no fuesen a llegar nunca. ¡Como si se hubieran detenido en el aire!

¡Bastante difícil le había sido ya obtener de la policía un permiso de veinticuatro horas!

Tuvieron que cambiar de avión en la parte americana de Niágara Falls. Desde allí saldría otro para Washington, pero dos horas más tarde. James maldijo la circunstancia de que la casa de Wen estuviera tan aislada, en un lugar servido tan solo por líneas aéreas secundarias, ninguna de las cuales llevaba sin enlaces a Washington.

Tenía dos horas por delante, dos horas de suplicio.

¿Qué infiernos podía hacer?

Salió del pequeño aeropuerto para dirigirse a la ciudad, que aún no estaba en pleno auge turístico. Niágara Falls era increíblemente pequeña e increíblemente monótona, a pesar de su fama mundial. Una ciudad tan aburrida que se comprendía que las parejas de recién casados la hubiesen elegido para hacerse el amor. Resultaba difícil inventar allí otra cosa.

El aspecto de las cataratas, sobre todo las de la «Herradura», era impresionante. Desde las torres de observación, que abundaban en

ambas orillas, la norteamericana y la canadiense, muchas parejas miraban embobadas aquel pequeño paraíso donde habían decidido ocultar su dicha.

James se sentía nervioso. Sus pasos le llevaron, sin pretenderlo, hasta la frontera canadiense.

El puente que separa en aquel lugar el Canadá y los Estados Unidos, es uno de los más frecuentados del mundo. Centenares de turistas, para mejor visitar las cataratas, pasan de un país a otro en cuestión de minutos. Las formalidades de policía son sencillas: revisión de pasaportes, breve inspección aduanera y en paz.

James se encontró en el Canadá casi sin haberse dado cuenta. El aire fresco tonificaba su cuerpo, que había estado sumido en la fiebre hasta veinticuatro horas antes. Pensó por un momento si tomar un cóctel en el «Sheraton Rock», el enorme hotel que se alza enfrente de las Pequeñas Cataratas, en la orilla canadiense, pero al fin decidió seguir andando.

No se dio cuenta de que alguien iba tras sus pasos.

Lo que menos podía imaginar era que alguien que había tomado el avión con él hubiese tenido exactamente el mismo propósito: aprovechar las dos horas para visitar Niágara Falls en la parte canadiense.

El que le seguía era un tipo alto, fuerte, que hubiera hecho un buen papel en un *ring*, actuando como «catcher».

Llevaba las manos en los bolsillos de su impermeable, y sus ojos no se apartaban de la espalda de James.

Este llegó, en su deambular, a la entrada de una de las atracciones más insólitas del mundo.

Todo el que visita Niágara Falls intenta no perderse el extraño y sobrecogedor espectáculo de ver las cataratas cayendo materialmente encima de su cabeza... La montaña rocosa detrás de las cataratas mayores —las de la Herradura— ha sido horadada. Por un lado se sale junto a la enorme tromba de agua, que parece caer rugiente sobre la cabeza del espectador. El sonido de un volcán en erupción, de un terremoto, estremece a los que ven de tan cerca uno de los más prodigiosos espectáculos de la Naturaleza. La plataforma de observación es pequeña, sin embargo, y no hay en ella una sola barandilla. Un solo paso basta para hundirse en el terrible remolino que forman al caer las toneladas y toneladas de agua. Un cuerpo

humano que cayese allí no aparecería jamás, probablemente. James pensó, con sorpresa y con dolor, que aquello debía ejercer un terrible atractivo sobre los suicidas.

Pero tampoco se dio cuenta de que el individuo del avión se había colocado tras él.

Minutos antes, sin embargo, habían estado descendiendo juntos en el ascensor que llevaba al fondo de las cataratas, pero en ese momento James no podía reconocerlo. James ignoraba que a partir de ese momento, él ya no podía ver apenas la cara de su enemigo, y que estaba perdido irremediablemente.

Pasaron a los corredores que dan a la parte posterior de las cataratas. Como la tromba de agua produce una verdadera lluvia sobre los espectadores, el *ticket* de entrada comprende el uso de un grueso impermeable de goma oscura, una capucha y unas botas. Todo ello convierte a los visitantes en fantasmas. Una nube de espectros oscuros avanzaba por los pasillos abiertos en la roca, al final de los cuales se veía una cosa traslúcida, viscosa, que no es sino la parte posterior de las cataratas, la enorme masa de agua cayendo apenas a dos metros de la espalda del espectador.

James imaginó lo fácil que sería allí suicidarse... y lo fácil que sería matar.

Sumido en sus reflexiones, no se dio cuenta de que casi todos los miembros de su grupo, después de las consabidas exclamaciones de asombro y de susto, habían vuelto a alejarse en dirección a los ascensores.

El estruendo del agua al caer era tan espantoso, tan anonadante, que ningún otro sonido se oía, y hasta llegaba a perderse en cierto modo la noción del tiempo.

Solo dos personas quedaban allí, a unos pasos de la tromba de agua: James... y el misterioso individuo que le había venido siguiendo desde la región oeste de los Grandes Lagos.

Era muy difícil que alguien se acercara allí en aquellos momentos.

Los grupos iban y venían al ritmo de los ascensores, y ellos dos habían quedado rezagados y aislados del resto del público.

Estaban solos allí, separados del mundo y a pocos pasos de una tromba de agua parecida a cien guillotinas.

De pronto, el desconocido, que era como una silueta gris pegada

a la pared también gris, se puso en movimiento.

Avanzó hacia la espalda de James.

Lo levantó en vilo, por sorpresa, sin que el otro acertara a defenderse, y lo lanzó de un solo impulso contra la tromba de agua.

James sintió un dolor vivísimo al contorsionarse, al darse cuenta de que volaba al encuentro de una horrible muerte.

Al final del pasillo de roca, separándolo de la tromba de agua, sí que había una barandilla. James se sujetó a ella con una mano mientras todo su cuerpo trazaba un semicírculo y mientras la tromba de agua rozaba materialmente sus pies.

Era aquella una muerte brutal, ensordecedora, semejante a la que causaría una máquina de triturar. Era como si cien manos viscosas, rugientes, destruyeran un cuerpo humano en fracciones de segundo.

James quedó en la parte exterior de la barandilla, sobre la roca resbaladiza, sujeto con una sola mano mientras con la otra se apretaba el pecho, que volvía a dolerle de una manera horrible.

El desconocido avanzó hacia él.

James se dio cuenta de que apenas podría defenderse, y de que solo contaba con una ventaja: él recibía la tromba de agua de espaldas, mientras que su enemigo la recibía de frente.

Es decir, las cataratas, al desplomarse, formaban en el interior del pasillo millones de salpicaduras. Era como una lluvia torrencial que cubría enseguida el rostro e impedía tener los ojos abiertos al que avanzaba de frente.

James vio a su enemigo correr hacia él, para enviarle abajo con un solo y repentino impulso. Su enemigo, en cambio, le veía a él muy confusamente, apenas como una sombra.

En el último instante, el joven se apartó. Su adversario chocó contra la barandilla, dio una vuelta de campana sobre ella y consiguió sujetarse en el segundo postrero, cuando ya iba a ser arrastrado por la inmensa tromba de agua.

Ahora los dos hombres quedaron en parecida situación. Los dos quedaron asidos por los dedos a una barandilla, teniendo a sus espaldas el terrible chorro que podía hacerlos pedazos.

Pero James estaba herido, y su enemigo no. Su enemigo podía hacer esfuerzos de los que él era incapaz ahora.

Le dio un golpe en el cuello, haciéndole tambalearse, y James

sintió junto a sus ojos el vértigo del abismo.

No podía mover más que una mano, que era aquella con la cual se sujetaba. Si movía la otra, parecía rompérsele el pecho. Vio que su enemigo se disponía a dar un segundo golpe, y entonces él movió los pies. Eran lo único que tenía libre.

El impacto hizo estremecer a su adversario. James aprovechó el instante, las angustiosas décimas de segundo durante las que vio vacilar a su enemigo y se soltó... ¡se soltó para lanzarse de cabeza sobre él, como si los dos fueran a buscar la muerte!

Esta vez el impacto fue decisivo por la sencilla razón de que el desconocido no esperaba el ataque. La mano con que se asía a la barandilla mojada, resbaló. James intentó sujetarse, resbaló también... ¡y los dos lanzaron un grito de agonía!

Detrás de la barandilla había rocas mojadas donde ya el agua casi caía a plomo, aunque no con la fuerza suficiente para arrastrar a un hombre. Lo peor era lo resbaladizo de aquellas rocas y el estruendo espantoso que envolvía a cualquier ser humano que llegase hasta aquí. Un estruendo que anonadaba, que aturdía... ¡que hacía desear la muerte!

El enemigo de James era más pesado que este, y encontró en su caída una roca mucho más sinuosa. Cuando pudo darse cuenta de lo sucedido ya estaba resbalando hacia abajo, hacia los terribles surtidores de espuma... ¡y ni siquiera pudo lanzar al aire un grito de agonía! ¡El estruendo espantoso de las aguas ahogó su pobre voz humana!

James no quiso mirar hacia abajo, no quiso darse cuenta de aquel fin terrible pudo ser el suyo y aún podía serlo. Valiéndose de los pies y de las dos manos, insensible por fuerza al dolor que sentía en el pecho, fue encaramándose poco a poco. Cuando llegó a asirse a la barandilla, respiró con ansia. Él no se daba cuenta, pero tenía la boca espantosamente abierta y los ojos dilatados por el horror. Al salir al otro lado del pasillo, al que ya estaba a cubierto, cayó al suelo como un fardo. Se levantó pesadamente, al oír voces y risas de gentes que se acercaban.

Sus primeros pasos fueron como los de un borracho. La gente pasaba junto a él, mirándole sorprendida. Daba la sensación de haber perdido el sentido del equilibrio.

De su enemigo, no quedaba ni quedaría rastro. La tromba de

agua lo haría desaparecer para siempre. James acababa de salir de uno de los lugares más ideales del mundo para cometer un crimen. Acababa de salir vivo... pero con un terrible sabor a muerte clavado en el fondo de la garganta, como si fuera un anzuelo venenoso.

El empleado que recogía los impermeables le miró con atención, al regresar ya a la sala-vestuario para hombres.

—¿Se siente mal, señor?

—No. Debe haber sido... el estruendo.

—¿Necesita alguna cosa?

—Nada, gracias. Salir de aquí.

Estaba agotado. Ahora, cuando se hallaba fuera de peligro, se sentía sin embargo mucho más al borde de la muerte que unos minutos antes. Despojado del impermeable y ya con su traje normal, tomó el último ascensor, el que llevaba al nivel de la calle, y salió a una serie de establecimientos que vendían «souvenirs» y recuerdos más o menos relacionados con las cataratas del Niágara. Caminando aún como un borracho, tomó un taxi y pidió que le condujese a la frontera.

Allí no tuvo dificultades. Cambió de taxi para llegar al aeropuerto, en territorio de los Estados Unidos.

Mientras subía la escalerilla del avión, la azafata le miró atentamente. Se dio cuenta de que James, quien al principio del viaje le había parecido un chico estupendo, tenía ahora cara de muerto.

—Divertido el Niágara, ¿verdad, señor? —preguntó con intención.

—¡Ojú! ¡Divertidísimo!

«Este se ha bebido media docena de whiskies y luego ha bailado el twist con una golfa», pensó la azafata.

—Sí, hay quien se divierte demasiado —dijo en voz alta.

Poco podía imaginar que James no tenía el estómago lleno de *whisky*, sino de agua de las cataratas. El propio James tenía dudas de si se había tragado algún pez. Y es que cuando uno se deja caer por Niágara Falls, se acostumbra a pasarlo bomba.

* * *

Flanagan tenía el rostro impenetrable y duro, como si lo

hubieran tallado en roca. Se parecía a Kirk Douglas, aunque era algo más alto que el famoso actor. Reflexionaba nerviosamente, mientras iba de un lado a otro de su lujoso despacho de Washington.

Un despacho que estaba muy lejos de los laboratorios secretos atómicos, de las turbamultas de agua del Niágara y de los cañaverales donde los hombres morían acuchillados. Un despacho por donde daba gusto pasearse —pensó James—, mientras los demás, los agentes corrientes y molientes, la diñaban en fila india.

—No puedo creerlo —dijo Flanagan, con voz suave, cesando de pronto en sus paseos—. Lo que usted me cuenta no tiene sentido.

—Le repito que he debido descubrir en el lago algo muy importante, puesto que han intentado matarme dos veces. Han querido silenciarme para que no llegara hasta aquí.

—¿No será por otra cosa?

—¿Por qué cree que han intentado apiolarme? ¿Porque me he negado a pagar al sastre?

Flanagan se sentó de nuevo tras su mesa, encendió un cigarrillo y meditó a presión. Era un hombre frío, reflexivo y astuto, no cabía duda. Su cerebro era una máquina de calcular. Separaba lo posible de lo imposible, lo que tenía probabilidades de haber ocurrido de lo que no tenía ninguna. A él no le clavaban cuentos chinos. Él sabía que lo que James estaba explicando era un absurdo.

—Lo de los peces puede haber sido causado por un reflejo —dijo—. Un simple reflejo de luz viniendo de un punto de la superficie. O porque hayan descubierto un lugar con buenas presas para su alimentación, y cuando un pez se remonta a la superficie, se remontan todos los demás. Los peces van siempre en manadas o en bancos, usted lo sabe. Lo que me dice no es ninguna prueba.

James preguntó con desaliento:

—No me cree, ¿verdad?

—No es que me niegue a creerle, James... —le trataba un poco como a un niño—. Pero reflexione, por Dios... ¡reflexione! Nosotros tenemos montado un laboratorio submarino, construido con pesadas planchas de acero y que nos ha costado una fortuna. Entramos y salimos de él por una casa a orillas del lago que es precisamente la del coronel Wen. Muy bien. Hasta aquí todo es correcto. Y usted sugiere que un extraño grupo de espías posee un

laboratorio similar, desde el cual nos observan, analizan la radioactividad del agua y siguen nuestros experimentos. ¿Es cierto?

—Sí. Es cierto.

—Pues bien, lo que sugiere es imposible.

—¿Por qué?

—Por varias razones, pero le voy a dar un par de ellas. En primer lugar, porque una construcción así costaría una fortuna sensacional. Nosotros sabemos lo que vale la nuestra. No es de presumir que un grupo de espías se haya gastado más dinero que el Tío Sam. Eso es imposible.

—Deme otra razón.

—Ahí va. Nosotros, para construir aquello, precisamos de una verdadera flota que simuló estar dragando una parte del lago. Poca gente se enteró de lo que hacíamos, pero en cambio nos vieron desde Honolulu. Los espías, si es que lo hay, tuvieron que hacer lo mismo. No llevaron sus planchas de acero a nado. Necesitaron una flota, aunque fuese pequeña, y esa flota no la hemos visto por ninguna parte. Hay otras razones, pero las dos que le digo son suficientes. De modo que tendrá usted que mirar en otra dirección, James. No le han atacado por eso.

James se acarició el mentón.

Él no era ingeniero, pero reconocía que las razones dadas por Flanagan resultaban de peso. Ponerse a imaginar que alguien había construido un laboratorio submarino a quinientos metros de un puesto de control gubernamental, sin que nadie se diera cuenta, era más absurdo que ponerse a imaginar a Sofía Loren planchándole a uno la camisa. Y suponer que un grupo de espías pudiera gastarse varios millones de dólares en una construcción semejante, era también como lanzar piedrecitas a la luna.

Pero, entonces, ¿por qué? ¿Qué misterio se ocultaba en el lago? ¿Por qué infiernos habían intentado matarle con tanto empeño?

¿Acaso, como acababa de decir Flanagan, había algo más? ¿Algo que él ignoraba?

Flanagan le ofreció un cigarrillo.

—De todos modos —dijo al cabo de unos instantes—, haremos estudiar el fondo del lago por nuestros expertos. Quiero convencerle de que emplearemos todos nuestros recursos, Flanagan.

—¿Se refiere a hombres-rana?

—Sí, por supuesto.

—No conseguirán nada. El lago es, en esa zona, demasiado profundo. La presión no permitiría a un hombre rana alcanzar la sima.

—Se equivoca. La distribución de la profundidad es muy irregular. Todo depende de dónde esté instalada esa hipotética construcción submarina. Pero hay un medio mejor, y es emplear el radar y el «sonar» para detectar cualquier clase de construcción bajo las aguas. Situiremos un barco en aquella zona, y sus aparatos técnicos detectarán lo que sea. Si usted tiene razón pronto se sabrá, James, aunque lo dudo. Para mayor satisfacción suya, póngase usted directamente en contacto con el jefe de ese modesto sector marítimo. Él le facilitará los barcos, cuando yo le confirme la orden, y usted dirigirá la operación señalando la zona en que creyó observar algo extraño. Tome esta credencial para el hombre a quién ha de ver. Lo encontrará en su despacho a partir de esta tarde. Ahora se encuentra con permiso, según creo.

James tomó la credencial, mientras se ponía en pie.

—¿Necesita algo más? —preguntó Flanagan.

James necesitaba un coñac doble, pero no lo dijo.

Salió silenciosamente.

CAPÍTULO XI

La muchacha ciega estaba quieta, en el porche, fumando un cigarrillo que habían tenido que encenderle. Se daba cuenta de que era casi mediodía porque empezaba a calentar el sol y porque era más intenso el ruido de vehículos frente a la casa. Detrás de este, se oía el rumor de las motoras que surcaban el lago. Pero ella permanecía quieta, insensible a todo, hundida en su propio mundo, un mundo donde nadie podía acompañarla porque no había en él más que tinieblas y soledad.

Sin embargo, conocía ya por sus pasos a muchos de los que regularmente entraban en su casa. Los conocía también por el sonido que hacían al cerrarse las puertas de sus coches. Por ejemplo, supo identificar al hombre que se acercaba en estos momentos.

Era Sanders.

Sanders caminaba pesadamente, pues era muy alto y fuerte, y siempre la saludaba del mismo modo, llevándose dos dedos a la frente, a la manera de los antiguos vaqueros tejanos.

Esta vez ella no pudo ver el saludo, pero oyó perfectamente la voz de Sanders.

—Buenos días, Margit.

—Buenos días.

La puerta se cerró.

Sanders pasó a una habitación magníficamente amueblada, como todas, aunque en estilo rústico. Dentro había dos hombres, ambos de media edad. Llevaban gafas y tenían aspecto inquieto.

—Hay que tomar una decisión, Sanders —dijo uno de ellos.

—¿Ha salido aquel hombre para Washington?

—Sí, a primera hora de la mañana.

—Entonces no hay que preocuparse. Su avión hacía escala en Niágara Falls. Johnson se habrá ocupado de él...

—Eso es lo malo, Sanders.

El hombre alto se volvió.

En aquel momento entraron otros dos tipos en la habitación, dos

tipos gigantescos y en los que hubiera podido reconocerse a dos luchadores profesionales, pero ya apartados de la nobleza del *ring*. Estos se detuvieron en un ángulo de la pieza, escuchando con atención a su jefe.

Sanders preguntó con voz tensa al que acababa de hablar:

—¿Qué has querido decir?

—Johnson tenía que haber informado telefónicamente desde el Niágara, y no lo ha hecho.

—¿En qué hotel tenía que hospedarse una vez terminado su trabajo?

—No en un hotel, sino en un motel. Está en la parte canadiense y se llama el «Paradise». He telefoneado allí.

—¿Y qué?

—Ni idea. Johnson no ha llegado. He telefoneado también a todos los lugares donde podía haber ido y no le ha visto nadie. Simplemente, ha desaparecido, y la conclusión solo puede ser una.

Sanders ya la sabía, pero de todos modos preguntó:

—¿Cuál?

—Ese tal James ha matado a Johnson. La cosa ha ido al revés de como pensábamos. Es Johnson el que está en el fondo de las cataratas, y por eso no hay rastro de él. Su cuerpo no será hallado nunca.

Sanders se mordió el labio inferior.

Estaba inquieto e irritado, pero supo disimularlo.

Sus nervios de acero impidieron que se reflejasen en el rostro las emociones que sentía.

Miró a uno de los dos hombres de media edad, los que ya estaban en la habitación cuando él entró, y preguntó con voz silbante:

—¿Has sacado algo más a Margit, tu sobrina?

—Ella está ciega, de momento.

—Lo sé, pero la empleaste, después de muchos esfuerzos, en el laboratorio secreto para que averiguase algo en beneficio nuestro. Ella no ha averiguado nada o no quiere decirlo. Y para colmo, sufre un accidente. Me temo que esa muchacha, Margit, no nos habrá servido para maldita la cosa.

—Cuando recupere la vista podrá volver a trabajar.

—Pero mientras tanto, ¿sospechará algo?

—No, claro que no. Todos vosotros para ella sois solamente amigos míos que me visitáis con frecuencia.

—¿Jamás puede sospechar que aquí hay una entrada para nuestro equipo submarino de investigación?

—No, claro que no. Jamás podrá sospecharlo.

Sanders apretó los labios.

—No olvides una cosa, Hodges. Esta casa la pagamos nosotros. Puedes tener un porvenir fabuloso si trabajas a satisfacción nuestra, y si empleas a tu sobrina como tienes que emplearla. Pero de lo contrario podrías pagar las consecuencias. Podrías lamentarlo.

Por momentos se iba poniendo nervioso. Hizo un gesto brusco y miró a los dos gigantes que poco antes habían entrado en la habitación.

—Vosotros os quedaréis aquí. Sobre todo tú, McFor, estate atento.

—Sí, Sanders.

—Yo voy a Washington.

Se iba poniendo más y más nervioso. La larga cicatriz en su mejilla formaba ahora como una línea roja.

Salió.

En la puerta estaba Margit, sentada quietamente, como siempre. Margit, que no veía nada, pero que parecía vibrar misteriosamente, como si lo captase todo.

Sanders pensó maquinalmente:

«Esta chica tiene unas piernas excelentes. Lástima».

Y se encaminó a su coche.

* * *

James aquella misma tarde se encaminó al despacho del jefe de la Administración Naval en la zona oeste de los Grandes Lagos. Llevaba la credencial que le había dado Flanagan.

Le informaron que el importante personaje le recibiría enseguida. Acababa de llegar en avión especial.

James pasó a un despacho sobrio, funcional, donde había dos grandes ventanas desde las que se divisaba la cápsula del Capitolio.

El oficial era un gigante que vestía sobriamente su uniforme. Le hizo sentar y pidió:

—Explíquese, por favor. Lo que tiene usted entre manos es grave. Ya me ha advertido mi buen amigo Flanagan.

James empezó a hablar.

Mientras tanto, su interlocutor se iba acariciando lentamente la extensa cicatriz de su mejilla, una cicatriz que poco a poco se iba volviendo roja.

CAPÍTULO XII

Cuando James regresó de Washington, aquella misma noche, tuvo la sensación de que el caso iba a entrar en una fase definitiva. Todo se resolvería pronto, y cesaría aquel extraño misterio.

Había obtenido de Sanders, el jefe de la zona, dos promesas muy concretas.

Primera, que un buque provisto de aparatos especiales sondearía toda aquella zona del lago.

Segunda, que estaría en contacto con el servicio secreto para que sus hombres actuaran inmediatamente, si llegaba a descubrirse en el fondo del lago algo sospechoso.

Y James estaba seguro de que lo descubrirían. De que al día siguiente todo se habría resuelto.

Pasó ante la casa donde vivía Margit, la muchacha a la que él tenía que atender y que le había salvado la vida.

¿Qué fue lo que le impulsó a detenerse bajo la noche? ¿Qué extraño sentimiento le llevó hasta aquella mujer a la que prácticamente desconocía?

¿Por qué se detuvo?

¿Y por qué avanzó hacia la casa?

Era como si una fuerza extraña le guiase, como si algo que estaba más allá de su voluntad tomara las decisiones por él.

Había luz en el interior de la casa.

¿Y si Margit aún se encontrara allí? ¿Y si pudiera hablar unos minutos con ella?

Pero ¿por qué?

¿Qué era lo que le atraía de aquella extraña muchacha?

Empujó suavemente la puerta.

Vio un vestíbulo bien amueblado, lujoso, en uno de cuyos costados crepitaban alegremente los leños de una chimenea.

La soledad parecía absoluta.

No se veía a nadie en la casa, y sin embargo, los leños de aquella chimenea debían haber sido encendidos poco antes. Sobre una mesita, cerca del hogar, había unas cuantas revistas en cuyas

páginas unas señoritas muy alegres demostraban que se puede vivir sin ropa.

James entrecerró los ojos.

No era posible que Margit leyera aquello, en primer lugar porque no podía, y en segundo lugar porque aquel género de publicaciones no había de gustarle en absoluto. Las revistas las leían las gentes que vivían con ella, con Margit. Pero ¿qué clase de gentes eran?

Sorprendido, James miró en torno suyo.

Hubiera querido dar las gracias a la muchacha, puesto que no pudo hacerlo la noche en que ella le salvó la vida. Hubiese querido, además, verla, guiado por un misterioso impulso. Pero ella no estaba en aquella extraña casa sumida en silencio.

Más sorprendido cada vez, volvió a mirar en torno suyo.

Fue entonces cuando vio a aquel tipo gigantesco que le miraba mientras se apoyaba indolentemente en la jamba de una de las puertas.

James no sabía aún que aquel gigante se llamaba McFor, pero lo sabría pronto.

El tipo abandonó su postura perezosa para avanzar indolentemente hacia él.

—¿Qué quiere usted, amigo? —preguntó.

—Me llamo James.

—¿Y qué?

—Soy médico. He de atender a la señorita Margit. ¿No está ella aquí?

—No creo que ella le haya llamado.

—Pertenezco a la Compañía donde ella está asegurada. He de verla.

McFor sonrió levemente.

No comprendía cómo Johnson había sido lanzado al fondo de las cataras del Niágara por aquel individuo. Él lo haría mejor. Él demostraría a Sanders que era insustituible.

En lugar de decir una palabra más, hizo que su puño derecho se moviera con la fuerza de una catapulta.

James, que no esperaba aquello, cayó sentado de golpe en una de las butacas.

Se puso en pie lentamente, mientras veía avanzar a McFor como

una torre en movimiento.

Saltó ahora hacia él.

Y de nuevo fue cazado, esta vez en una ceja, que quedó partida en seco, a causa del impacto.

Pero aquí terminó la parte placentera de la experiencia que estaba viviendo McFor.

Luego todo fue distinto.

McFor creyó que el individuo se arrugaría para toda la noche y en efecto lo vio caer. Pero James hizo aquello solamente para ir a parar a los pies de McFor. Este vio algo así como un bólido que volaba a ras de tierra y luego una especie de garfio sujetándole los tobillos. Lanzó un grito y cayó hacia atrás.

Al caer se dio un golpe contra el pie metálico de una mesita, pero no por eso perdió el conocimiento. Lo único que ocurrió fue que perdió unos segundos en incorporarse.

Hubo bastante.

James, de un ágil salto, se incorporó y le conectó un formidable puntapié al mentón, haciéndole retemblar todo el cerebro. Ya que no podía mover bien los brazos, movilizaba los pies. Los ojos de McFor se pusieron por un instante blancos. Se incorporó pero ya sus rodillas vacilaban, y James lo sabía. Por eso le dejó ponerse en pie. Cuando lo tuvo a la distancia suficiente, movió la mano derecha puesta de canto y la aplastó dos veces contra la nuca del gigante. Los dos terribles impactos hicieron estremecer el corpachón de McFor, que quedó apoyado en la pared, sin caer del todo, pero respirando ansiosamente y con una mirada vidriosa en sus asombrados ojos.

James masculló:

—No tienes bastante aún...

Y le propinó, también con el canto de la mano, un terrible golpe bajo al pabellón nasal. Aquel golpe podía matar, y James lo sabía, pero, en ese momento no se daba cuenta.

La cabeza de McFor chocó contra un armario. Se produjo un formidable estrépito. Alguien golpeó entonces brutalmente a James.

Su cabeza chocó contra el zócalo de la pared, al tiempo que un pie se clavaba brutalmente en sus costillas.

Pensó, con esta rapidez mágica que siempre se tiene en los momentos decisivos, que iba a morir.

Esta sensación resbaló por la conciencia profesional del doctor James, el hombre que siempre fue honrado, mientras volvía a pensar en la muerte.

Pero era necesario luchar, luchar...

Oyó lejanamente, entre las sombras, que McFor lanzaba una carcajada. Y se prometió a sí mismo que no le permitiría acabar con él descansadamente. Que le haría sudar sangre antes de que McFor consiguiera convertirlo en cadáver.

Levantó ambas piernas a ciegas y detuvo el impulso inicial de McFor, que se le venía encima con todo su peso.

Apoyándose en la mano izquierda, dio al gigante un puntapié en el tobillo. Vio entonces que el otro acompañante de McFor había sacado una cachiporra de plomo con forro de goma.

James saltó hacia atrás, tropezando con la otra pared, pero sin poder todavía levantarse del suelo.

El tipo de la cachiporra avanzó hacia él. Tenía el arma levantada y sonreía creyendo hallarse ante una presa muy segura. Pero cuando se acercó del todo a James, este ya había logrado ponerse de rodillas y consiguió conectarle un cabezazo en el bajo vientre. El porrazo se abatió inofensivo sobre su potente espalda arqueada.

Su enemigo lanzó una maldición.

James propinó entonces, sin perder un segundo, un doble golpe tras las rodillas de su adversario, y este se desplomó hacia atrás.

El joven solo podía mover bien una mano, pero la empleaba con eficacia.

Su enemigo estuvo caído solo unos breves momentos, pero aquel paréntesis permitió levantarse a James. Y entonces se le echó encima el gigante McFor.

McFor se lanzó hacia adelante, aullando como un condenado, mientras en su mano derecha brillaba un revólver, con el que se dispuso a barrenar la cara de James.

Este movió su puño derecho.

Se daba cuenta de que querían cazarlo vivo, y esa era una importante ventaja de James.

El primer impacto le recibió McFor en el cuello, y un anillo de James trazó allí cuatro signos rojos. El segundo en la sien, donde se marcaron otros cuatro puntos. El tercero en un párpado, donde las

puntas de acero penetraron hasta herir el mismo globo ocular. El cuarto impacto le recibió en su mano vacilante.

James se movía como un auténtico púgil. Sabía que era una pelea a muerte, que no le dejarían salir vivo de allí. Eso, su musculatura y su rapidez de reflejos, le hicieron propinar a McFor aquella serie de impactos alucinantes.

Pero el amigo del gigante no estaba quieto.

A pesar de que McFor ya vacilaba, seguían siendo dos contra uno. El resultado de la lucha en un lugar tan reducido, no podía ofrecer demasiadas dudas para nadie.

Fue en ese momento cuando James recibió el segundo golpe en la nuca. Esta vez con la porra de goma.

La primera sensación que entonces tuvo, fue la de que aquella pelea no importaba nada. De que lo único que necesitaba era descansar, descansar...

La porra se abatió de nuevo sobre su cabeza.

Esta vez ni siquiera sintió dolor. Solo le dolieron sus rodillas al doblarse, cuando cayó a plomo sobre el suelo.

Alguien se arrojó entonces sobre él, le sujetó por los cabellos y empezó a golpearle una y otra vez la cabeza contra las baldosas, mientras lanzaba secas carcajadas.

James cuyos ojos se habían nublado, pensó en Ketty, pero de un modo remoto. Solo se dijo que le daría vergüenza si ella le viera así, vencido y destrozado por aquella cuadrilla. En aquel momento un zapato fino, de bailarín, se aplastó sobre su cara.

Seguidamente alguien le retorció los brazos. Los dos brazos a la vez, mientras se sentaba en su espalda. James lanzó un gemido.

Alzó la cabeza y vio los zapatos de un tercer hombre que llevaba la cara cubierta.

«He sido el tipo más estúpido que se pueda imaginar... —susurró para sí—. El más estúpido e ingenuo... ¿cómo no se me ocurrió pensar que la clave del misterio tendría que estar en una de las casas del lago? ¿Cómo no...?».

—Tengo el coche fuera. Vamos a sacarlo —la voz que sonó a poca distancia era la de McFor.

Sin duda también era este el que le mantenía los brazos apretados contra la espalda, retorciéndolos sabiamente cada vez que intentaba moverse, hasta dar a James la sensación de que se los

rompería de un momento a otro.

Los zapatos del desconocido se movieron en su campo visual, de izquierda a derecha de la pieza.

—Sí, vamos a sacarlo. Lo dejaremos en el centro del lago, pero hay que procurar que no se le reconozca. Quítale la ropa apenas estemos dentro del coche.

James se debatió inútilmente, aumentando hasta un límite insufrible el dolor torturante de sus brazos. Estaba perdido. Jamás se le ocurrió que una cosa así pudiera ser tan sencilla y tan espantosa a la vez. Fue entonces cuando le vino a la memoria la imagen de Ketty, que no le reconocería. La visión de su cuerpo mutilado y desnudo al ser extraído del lago, fue tan unido al recuerdo de la mujer, que se estremeció.

En aquel momento le soltaron los brazos.

—Vamos allá.

James quiso revolversse, pero fue inútil. No podía mover nada de hombros para abajo. McFor con las dos manos enlazadas, le propinó un terrible golpe en la nuca, y la nariz de James quedó aplastada contra el suelo, con un seco chasquido. Empezó a sangrar.

El terrible dolor oscureció la mente de James e hizo que todas las ideas se le nublaran dentro de su cráneo. Antes de perder por completo el hilo de sus pensamientos, se dijo que aquellos tipos sabían dónde golpear para acabar con un hombre.

Luego se le ocurrió que McFor estaba ya un cincuenta por ciento muerto. Y nada más. La sangre empapaba sus labios, su rostro. Le cegó.

Sintió que le arrastraban por los pies. La sangre penetraba ya en su boca entreabierta.

Hizo un esfuerzo desesperado para abrir los ojos cuando estaban cerca de la puerta exterior. Al parecer con ello favoreció al desconocido y a sus dos hombres, que no podían sujetarlo de aquella manera. McFor le sujetó por debajo de las axilas y le ayudó a incorporarse. El otro tipo le arregló la americana, al tiempo que empleaba las solapas como agarradero para sujetarle y dejar bien sentado que era como un pelele entre sus brazos. James volvió a pensar en lo sencillo y espantoso que iba a ser todo.

Y en aquel momento sonó un disparo.

El disparo vino del fondo del local, de las tinieblas que

envolvían la puerta trasera, que daba al lago.

El tipo que sujetaba a James por las solapas fue el que tuvo el premio, perdiendo a cambio un pedacito redondo de piel. Con las manos en el costado derecho, sobre el hígado, se dobló lentamente. Antes de que ninguno de sus compañeros pudiera reaccionar, se escuchó otro disparo.

Este pareció llegar de más lejos, del ángulo oscuro donde se encontraban las vitrinas con las vajillas y la platería.

La segunda bala alcanzó también al mismo enemigo, haciéndole astillas la rodilla izquierda.

James era hombre con decisiones instantáneas, y a pesar de hallarse parcialmente «groggy», decidió actuar.

Lo hizo sin perder un segundo, antes de que el eco de los disparos se extinguiese.

Reuniendo todas sus fuerzas, dio un empujón a McFor y consiguió que este vacilase. Inclina la cabeza para embestirle de nuevo cuando el desconocido que era más rápido que James o quizá estaba más asustado, le rodeó el pecho con el brazo izquierdo, utilizándolo como un parapeto e impidiéndole moverse una sola pulgada. Una pistola había aparecido en su mano derecha, con la cual hizo fuego tres veces hacia las tinieblas.

El misterioso personaje que había enviado ya al infierno a un hombre, no contestó. Pero las sombras del fondo del local parecían llenas de movimientos furtivos, como si toda una patrulla de polizontes estuviera tomando posiciones para pasar al ataque.

El desconocido empezó a retroceder hacia la puerta, lentamente, con el dedo cerrado sobre el gatillo.

James que estaba pegado a él, advirtió que ni siquiera respiraba, tanta era su tensión.

—Quieto... —silabeó aquel hombre—. Quieto o...

James no se movió.

Lo que en aquel momento le mantuvo inmóvil y a disposición de su enemigo, fue simplemente el asombro. No comprendía quién podía haberle ayudado en aquellas circunstancias. Quién podía haber arriesgado su vida para salvar la suya, si es que lograba salvarla.

Aquella pregunta se hizo tan obsesionante en su cerebro que llegó a olvidar el peligro que aún corría.

Sus ojos escrutaron las tinieblas, pero solo para tratar de ver contestada la pregunta. No vio nada; solo las sombras que parecían animadas de una extraña vida.

En aquel momento sonó otro disparo.

El fognazo fue claramente visible, de nuevo junto a la puertecilla posterior, pero James comprendió que el que disparaba habría saltado inmediatamente para no ser localizado. Seguro que apenas un segundo después ya estaba en otra zona de oscuridad.

La bala fue a empotrarse junto a sus cabezas. James tuvo la sensación de que no habían querido tocar a ninguno de los dos, sino solamente lograr que el desconocido se asustara y lo soltase.

Este contestó nerviosamente, sin apuntar, barriendo las sombras sin darse cuenta de que gastaba inútilmente las balas y de que luego no tendría tiempo para recargar su pistola. James notó a su espalda el castañeteo de los dientes de su enemigo.

Este tomó entonces una decisión. Debió comprender que corría un peligro mortal si seguía pegado al médico.

Con el brazo derecho abrió la puerta y, antes de salir, dio un empujón a James disparando hacia el suelo al mismo tiempo, hacia el lugar donde suponía iba a caer su víctima.

Fue en aquel momento cuando, entre las sombras al fondo del local, sonó otro trallazo.

La bala llegó aullando entre las tinieblas, obligando al fugitivo a dejarse caer a gatas y no permitiéndole el disparo. Su proyectil zigzagueó inútilmente sobre las baldosas, mientras James se pegaba a la pared. Siempre a gatas y sin darse cuenta de lo ridículo de su posición, el desconocido avanzó hacia su automóvil.

Este se encontraba estacionado unas yardas más abajo. Se dio cuenta de que los disparos no parecían haber llamado la atención en la calma del lugar de reposo.

Eso le favorecía; después de lo que ya había sucedido, lo peor que podía ocurrir era que rondase por las inmediaciones un coche patrullero.

Todavía sin incorporarse del todo, abrió la portezuela del coche y se introdujo en él.

Ni siquiera se dio cuenta de que McFor no le seguía. La verdad era que no se acordaba ya de él.

De pronto lo vio venir.

McFor era en esos momentos como una masa bamboleante que avanzaba por la acera dando traspies. Daba enteramente la sensación de que había bebido; sin embargo su jefe sabía que no era así.

El gigante estuvo a punto de rodar por la acera.

—Sanders...

Sanders ya había dado contacto.

—Ven, imbécil...

McFor se estremeció. Sufrió un espasmo, como si una bala le hubiese llegado silenciosamente a través del aire.

No avanzó un solo paso.

—¿Pero qué haces, maldita bestia? ¡Ven de una vez!

McFor intentó avanzar y cayó pesadamente a tierra. Desde allí sus ojos lastimeros que ya estaban nublados, miraron a Sanders como a través de una distancia enorme.

—Sanders... No me deje así... ¡No me deje!

—Puede venir un patrullero de un momento a otro. ¡Levántate de una vez, estúpido!

—Quiero hacerlo... pero no puedo. Solo necesito que me ayude un poco. Me ha alcanzado una bala. Descienda del coche. Ayúdame...

Sanders se mordió nerviosamente los labios, mientras hacía entrar la primera velocidad.

—Por favor, ayúdeme...

McFor imploraba. Era la primera vez en su vida que imploraba.

Tras escupir al suelo, Sanders hizo que el coche arrancara. Metió la segunda velocidad y el poderoso vehículo se perdió inmediatamente a lo largo de la calle.

McFor aulló:

—¡Ayúdeme...!

Sentía que un extraño dolor le agarrotaba la garganta, que le dominaba los músculos poco a poco. La niebla cubría sus ojos haciendo que todo le pareciese estar situado muy lejos, muy lejos...

Y Sanders hubiera podido salvarle. Sanders, que huía...

—¡Maldito! —aulló mientras sin darse cuenta chocaba la cabeza contra el suelo—. ¡Maldito perro!

Pero enseguida una debilidad infinita se apoderó de él, un cansancio ante el que se sentía inerte agarrotó para siempre sus

miembros.

Aún pudo balbucir de nuevo:

—¡Ayúdeme...!

Fue su última palabra.

CAPÍTULO XIII

Flanagan había vuelto a llegar desde Washington. Sus ojos entrecerrados miraban a James con una fría cólera.

James estaba tendido en el lecho de una de las habitaciones de la casa que había sido de Wen. Iba vestido, como si de un momento a otro se dispusiera a salir, pero él sabía que al menos en un par de días no le convendría moverse. La herida en el pecho tenía otra vez un aspecto feo. No ocurriría nada grave si la dejaba reposar, pero si se movía nuevamente...

Flanagan gruñó:

—No hace usted más que traerme complicaciones, James.

—¿Complicaciones? ¡Pero si di con la casa desde la que trabajan esos tipos! ¡Si usted y sus hombres tienen ahora una pista segura!

Flanagan movió la cabeza negativamente.

—La casa pertenece a Hodges, el tío de Margit. Es un hombre que está fuera de toda sospecha. Lo estaba ya cuando permitimos que su sobrina trabajara para el Servicio Secreto en la base submarina.

—Pero en su casa...

—Es igual que si usted echara la culpa a los dueños de aquella atracción en las cataratas del Niágara, amigo. El tipo que murió, el que ahora yace deshecho en el fondo de los remolinos, le había atacado allí, pero ya le venía siguiendo desde fuera. Igual ocurrió en esa casa. Usted entró en ella, y los que le seguían encontraron allí una magnífica ocasión para capturarlo. Una casa donde viven un hombre viejo, una muchacha ciega y muy escaso servicio, es casi el lugar ideal.

James se acarició las manos, que aún le dolían intensamente desde la noche anterior.

La explicación de Flanagan era razonable, pero le desalentaba. ¿Era posible que todos los peligros corridos no hubieran servido absolutamente de nada?

¿Podían estar ahora igual que antes, al principio de sus investigaciones y sus dudas?

Flanagan continuó:

—Fue él, Hodges, quien avisó a la policía. Al oír aquella zarabanda de disparos no se atrevió a salir, desde luego, pero más tarde lo hizo. Aquello era un campo de batalla. La policía se presentó y vio a dos hombres muertos.

—¿Pudo identificarlos?

—Oh, por supuesto que sí. Eran McFor y Glanden, tenían antecedentes, pero no por espionaje ni por algo parecido. Ellos se alquilaban para cualquier trabajo que estuviera al margen de la Ley, desde forzar una caja de caudales hasta raptar a una muchacha. Habían sido alcanzados por balas del «7-65» disparadas a poca distancia. Ese hallazgo nos sirve de bien poco, porque los individuos de esa clase son, por decirlo así, neutros. Pueden estar envueltos en cualquier cosa. Más importante sería, tal vez, el tipo que logró huir, el que le estuvo sujetando por la espalda hasta el último momento, y que usted no pudo reconocer.

—No, no pude reconocerlo... Sin embargo había en él algo especial, algo que me traía a la memoria cosas que no sabía definir. Era como si yo hubiese hablado con aquel hombre en alguna ocasión, en otro tiempo...

—¿No puede recordar nada más?

—Nada más. En absoluto.

—¿Cómo iba vestido?

—Solo vi bien sus zapatos. Eran unos zapatos finos, de bailarín...

—¿Es posible que viniese de una «boîte» a aquellas horas?

—Cierto, es posible —reflexionó James en voz alta—, pero también lo es que se los pusiera para despistar. A lo mejor aquel tipo no ha bailado en toda su vida.

—El caso —recapituló Flanagan— es que no hemos podido averiguar gran cosa. Hodges está asustado. Dice que quiere regresar a la ciudad.

—¿Y... Margit?

—¿Margit? ¿Por qué pregunta por ella?

—¿Vive allí, no?

—Margit no ha querido hacerse visible. Está asustada también, y es lógico. Si no fuera por la policía yo ya habría propuesto una cosa.

—¿Cuál?

—Que usted y Margit se largaran a la pequeña y aburrida ciudad

de Marion y empezara su tratamiento. Pero la policía insiste en no dejarle salir de aquí. Le considera un sospechoso, y tiene razón. No podemos decir que usted, James, pertenece al Servicio Secreto.

El joven apretó los labios.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir:

—Voy a pedir la baja, Flanagan.

—¿Por qué?

—No quiero tener que tratar más con hombres y mujeres que han pasado semanas enteras encerrados en esa base submarina. A pesar de todas las precauciones, a pesar de todos los adelantos que los rodean, es como si murieran suavemente. Las radiaciones pueden irles afectando; a unos hoy, a otros más adelante. Viven en un clima de secreto horror. No pueden explicar sus inquietudes a nadie. Y cuando caen lesionados a consecuencia del siniestro trabajo que realizan, vienen a parar a mis manos. Mis manos —añadió con pesadumbre— no son las de un médico normal, sino las de un buitre que sigue perteneciendo al Servicio Secreto. Yo debo cuidarlos, sí, pero al mismo tiempo ver qué efectos han producido las radiaciones en sus cuerpos, y transmitir a mis jefes los resultados obtenidos. Ha llegado un momento en que eso no me parece ni humano ni digno. Voy a pedir la baja apenas haya posibilidad de que me sea concedida.

Flanagan dijo duramente:

—¿Tiene miedo?

—Usted sabe que no. Si tuviera miedo, no me hubiera metido completamente solo en tantos líos, uno detrás de otro.

—Entonces es por esa mujer, por Margit.

—Confieso que me da pena —reconoció James.

—No ha hablado nunca con ella.

—Sí que he hablado, pero eso es lo de menos. Ella hizo algo que está por encima de todas las palabras. Me salvó la vida.

—Eso no tiene que ver. Igual pudo haberle matado. Para nosotros, la muerte es tan solo un accidente de trabajo.

—Le ruego que me deje en paz, Flanagan.

—Se está volviendo demasiado humanitario, amigo. Así no es como se prospera en el Servicio Secreto.

—Al diablo los ascensos y la prosperidad. Eso es todo lo que se me ocurre decir en este momento, Flanagan.

—De acuerdo; cursará su baja en el momento oportuno. Pero ahora no puedo hacer nada. Ha empezado un trabajo y debe terminarlo.

—Me parece lógico —gruñó James.

—Lo difícil será convencer a la policía local para que le deje marchar. Están furiosos porque dicen que a usted le protegen desde Washington. Si no llega a ser por determinadas reticencias del gobernador del Estado, que está en el secreto de todo, ya le hubieran enchironado a usted, James. Pero esperan hacerlo, y desde luego no le dejarán salir de aquí. Eso es lo más difícil.

Sin embargo a James no se lo parecía.

Estaba seguro de que ahora se aclararía todo.

—Los barcos descubrirán con su radar lo que hay debajo del lago —expuso—, y entonces será todo muy sencillo. ¿Han empezado a trabajar ya?

—Esta mañana.

—¿Hay resultados?

—Ninguno aún. Es una zona muy extensa del lago la que tienen que observar. Tardarán horas.

—¿Y qué ocurrirá cuando den con la base submarina secreta que hay bajo las aguas?

—Parece usted muy seguro de que van a descubrir algo, James. Pero supongamos que sea así. En ese caso dispongo ya de un grupo especial de hombres ranas del ejército, los cuales se encuentran concentrados en lo que fue casa del coronel Wen, es decir, aquí. Hay veinticinco, número más que suficiente. Desde los propios barcos de escucha también podemos lanzar alguna carga de profundidad.

—¿Cuándo sabrán algo?

—Calculo que dentro de dos horas.

En aquel momento se oyó un taconeo avanzando por el pasillo. Era el taconeo de las hermosas piernas de Ketty al caminar, era aquel sonido que para James estaba lleno de misteriosas sugerencias. Flanagan hizo un gesto, mientras sonreía.

—Será mejor que les deje solos —murmuró.

James se puso en pie al entrar Ketty. Ketty, sin una palabra, se acercó a él. En sus ojos latía una especie de secreta ansiedad. Sin una sola palabra, le besó en los labios.

James la estrechó contra sí, valiéndose de su único brazo útil.

Bruscamente desaparecieron todas sus precauciones, todos sus recuerdos, desapareció todo. Y es que ya se sabe que las mujeres han sido hechas para quitar a los hombres todas las preocupaciones... que no sean las que ellas mismas les dan. Por eso los hombres nos morimos antes.

Claro que James no pensaba en eso mientras Ketty y él se besaban sabiamente en la boca. Siempre era un consuelo.

El arete de oro que adornaba los cabellos de Ketty volvió a caer apenas fueron acariciados por una de las manos de James.

—Esto es un peligro —dijo el joven—. Siempre se te cae.

—No me lo pondré más.

—Al contrario; pónitelo.

—¿Por qué?

—Porque si alguna vez encuentro este arete en manos de otro hombre, sabré que él te ha besado.

Ketty murmuró suavemente:

—¿Celoso?

—No me quedan fuerzas ni para eso, muchacha. En cuanto quiero ponerme celoso, me entra dolor de cabeza y me caigo de espaldas.

Ketty susurró:

—Tonto...

Y sus labios volvieron a buscar los de James. Ahora sí que habría sido fácil arrojar a este por las cataratas del Niágara. Ni se hubiese dado cuenta.

* * *

Dos horas más tarde, Flanagan recibió una visita en el despacho que se había hecho improvisar en la que fue lujosa finca de recreo del coronel Wen.

Su visitante era Sanders.

Sanders, alto y fuerte, tenía la expresión helada de siempre. Nada lo relacionaba a él con la salvaje pelea que tuvo lugar en casa de Hodges la noche antes.

Tenía el aspecto sereno, frío, de un perfecto jefe militar, pese a que su mando, en aquella zona de los lagos, era de escasísima

importancia.

Flanagan se puso en pie.

No podía evitar, pese a su frialdad, que una leve mueca de ansiedad asomara a su rostro.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—¿Ha trabajado bien el radar?

—Todos nuestros equipos han trabajado perfectamente. Y permítame decirle una cosa, Flanagan: No comprendo cómo usted, tan sensato, pudo dar crédito a esa patraña. Creer que ahí abajo pueda haber un completo laboratorio submarino, y que este haya sido construido sin que nadie se diera cuenta, es creer que el presidente de los Estados Unidos tiene una amiguita en la Luna. Un laboratorio a esa profundidad necesitaría planchas de acero de una resistencia tremenda. Yo entiendo de construcciones navales y me atrevo a fijar para una construcción así, como mínimo, un peso de mil toneladas. ¿Quién las ha acarreado? ¿Cómo las han fijado en el fondo del lago sin que nadie se diera cuenta?

—Esas reflexiones me las he hecho yo antes que usted, Sanders.

—Pues no lo parece.

—Todo eso es absurdo, ya lo sé, pero... necesitaba hacer las comprobaciones aunque fuera por rutina.

—Ya están hechas.

Flanagan suspiró, desalentado.

—Muy bien; a ver su informe.

Sanders le tendió una hoja de papel donde figuraban un buen número de datos.

—Aquí tiene el croquis de la zona explorada, cotas de profundidad alcanzadas por los equipos de escucha y registros que ha ido proporcionando el radar.

Flanagan miró aquella hoja.

Entendía bien los detalles técnicos, y le bastó un vistazo para darse cuenta de que los resultados eran totalmente negativos.

El radar no registraba bajo la superficie, en toda la zona explorada, un solo objeto metálico.

Arrugó el ceño.

—Comprendo que ha sido un grave error por parte nuestra, Sanders —reconoció al fin.

—No tiene importancia. Ustedes quedarán ahora mucho más tranquilos, y trabajarán con mayor seguridad. ¿Pero puedo saber quién hizo esa denuncia absurda?

—El mismo hombre que le visitó a usted en Washington.

—Lo imaginaba.

En el tono de Sanders latió un sordo desprecio, que Flanagan captó.

Y no hay nada que moleste tanto a un miembro del Servicio Secreto como quedar en entredicho ante los otros organismos, especialmente los de la Marina.

—Le prometo que oficialmente no se pensará más en ese asunto, Sanders —dijo—. Siento de verdad haberles molestado.

—No tiene la menor importancia.

—Ese hombre será enviado cuanto antes lejos de aquí, en cumplimiento de otra misión.

—Lo celebraré, señor.

Sanders hizo un leve saludo, dio media vuelta y salió del despacho.

Fingía estar enojado, pero sus labios se distendían en una suave sonrisa. Sabía que acababa de ganar la partida.

James, aquel maldito entrometido, no volvería a molestar más.

Él, Sanders, había dirigido el trabajo de los barcos observadores, haciéndoles navegar por todas partes menos por la zona donde el radar hubiera denunciado la presencia de objetos metálicos. No obstante, en el plano entregado a Flanagan, y que había preparado él mismo, figuraba como cubierta y observada toda la parte sur del lago.

En cierto modo James le había hecho un favor, al provocar la intervención del Servicio Secreto. Ahora Flanagan ya estaba satisfecho y no se volvería a hablar más de toda aquella zona.

Además Sanders se sentía tranquilo por otras cosas. La vida le parecía maravillosa en este momento.

Al entrar en la casa de Margit, de donde la policía ya se había retirado, se dirigió a una determinada habitación.

Era un dormitorio lujoso, bien amueblado, incluso con un cierto estilo recargado que no tenían las otras habitaciones de la casa. Sanders sonrió al ver quién le aguardaba allí.

Aquella mujer de maravillosa hermosura, cuyos ojos rasgados

brillaban tenuemente, se acercó a él tendiéndole sus brazos mórbidos, largos, que se enroscaban a su cuello como los anillos de una serpiente.

—Oh, querido... —susurró.

Y sus labios pulposos besaron los del hombre con una caricia larga, sabia, lenta.

* * *

James, en contra de lo que le habían indicado, salió de la casa de Wen, donde se sentía un prisionero.

La herida le dolía, pero no quiso pensar en ella. Había cosas que le inquietaban mucho más, en esa hora dulce del atardecer.

Las barcas de recreo habían salido en gran número al lago, y se mecían al viento bajo la caricia del sol poniente. El oleaje apenas rizaba un poco la superficie. Todos los ricachones aficionados a la pesca preparaban sus útiles en los embarcaderos de sus villas, junto a las lanchas a motor que pronto iban a funcionar. Las negras predicciones del dueño del hotel no se cumplían del todo, porque en las últimas horas, aprovechando el fin de semana, estaba llegando mucha gente a las orillas del Hurón, aunque fueran en su mayor parte propietarios de las villas circundantes.

James se sentó en uno de los bancos del paseo, frente a la orilla, y encendió un cigarrillo pensativamente.

No podía negar que el paraje era magnífico. No podía negar tampoco que la tarde resultaba deliciosa. Y sin embargo él se sentía triste, desolado, como un desterrado que desde la tundra contempla el lento fluir de los ríos de Siberia.

Flanagan ya le había dicho que estaba equivocado. Que no había nada bajo las aguas del Hurón. Y le había ordenado también que regresase cuanto antes a la ciudad de Marion, donde vivía habitualmente, llevándose a Margit, la ciega.

Esa extraña tristeza que tienen las tardes iba penetrando en él, pero además le dominaba el sentimiento de su fracaso.

Todo lo que había pensado y hecho desde que, con la muerte de Wen, se inició aquella extraña locura, había sido un error. Estaba ya demostrado que nada existía bajo las aguas del lago. ¿Pero entonces por qué todo aquello? ¿Por qué habían intentado matarle? ¿Por

qué?

Las preguntas aturdían su cerebro fatigado por la falta de sueño y la incertidumbre.

Ahora debería volver a Marion con otra mujer que corría el peligro de morir suavemente. Debería estudiar el efecto de las radiaciones en sus ojos, en su organismo todo. Dar noticias a los militares acerca de las radiaciones que preparaban para poder exterminar un día al mundo entero.

¿Pero no era precisamente aquello lo que evitaba la guerra? ¿No era el horror ante la destrucción total lo que hacía ser a las naciones mucho más prudentes?

James arrojó su cigarrillo. Le sabía amargo.

Quizá sí, quizá aquella labor fuera útil, después de todo. ¿Pero y las víctimas? ¿Y las mujeres como Alma, que le amó en otro tiempo sin él imaginarlo? ¿Y las muchachas como Margit?

Fue ese pensamiento lo que le decidió. Iría a verla, iría a decirle que marcharían pronto.

Avanzó poco a poco hacia la casa.

CAPÍTULO XIV

El sol se había ocultado casi de repente tras una colina boscosa, a orillas del lago. Un viento frío y racheado empezó a llegar desde el horizonte. Las barcas que punteaban el azul con el blanco de sus velas, iniciaron el regreso hacia la costa.

Toda esta mutación se produjo casi repentinamente, mientras James cruzaba el ancho paseo marítimo para dirigirse hacia la casa.

Se vistió la gabardina que llevaba colgada al brazo y puso los pies en el porche.

No había nadie allí. A nadie se oía tampoco.

James empujó la puerta y penetró en el mismo vestíbulo de la noche anterior. Una brusca sensación de que le estaban aguardando se apoderó de él.

Pero si entraba en aquella casa tenía que ser solo. No podía pedir el auxilio de nadie, puesto que oficialmente no le creían. Él solito había inventado una especie de historia absurda... que se desarrollaba en aquella casa.

Seguramente el Servicio Secreto achacaba la muerte de Wen a oscuras luchas de contrabandistas que traían y llevaban mercancías —drogas entre ellas— desde la orilla opuesta, desde el Canadá... Toda una historia siniestra, pero que para nada se relacionaba con el espionaje.

Sin embargo la sensación de peligro dominó bruscamente a James, lo mismo que le había dominado la noche anterior.

El silencio en torno suyo era absoluto.

La casa parecía deshabitada.

James abrió una puerta, de las situadas al fondo de la habitación, y entonces alguien cayó repentinamente en sus brazos.

* * *

La sorpresa del joven fue tan violenta que estuvo a punto de dar un paso atrás. La persona que acababa de caer en sus brazos, sin fuerzas, sin aliento, era una mujer. ¡Era la propia Margit!

¡Y ya no llevaba vendaje en los ojos!

Estos se mostraban normalmente. Eran grandes y oscuros. Tenían una solemne y trágica belleza.

Estaban muy abiertos. Lo que resultaba dudoso era que pudiesen verle.

James notó enseguida, por el color de la mujer y el suave olor de su aliento, lo que ocurría con ella. Había tomado una elevada dosis de barbitúricos, una dosis capaz de causarle la muerte. ¿Voluntariamente o a la fuerza? ¿Había intentado suicidarse o acababan de tratar de asesinarla?

El joven miró, sobre todo, sus ojos.

Eran unos ojos capaces de ver, lo cual indicaba que el oftalmólogo había hecho con ellos un buen trabajo. Ahora le correspondía a él saber si las radiaciones habían causado alguna lesión más profunda, saber si la muchacha iba a morir también suavemente.

Pero enseguida sus pensamientos volvieron al momento actual.

La muchacha no había tomado por su propia voluntad la elevada dosis de somníferos. Era evidente que trataba de salir a la calle, ya sin fuerzas, cuando él la recogió. Le parecía indudable que Margit había tratado de buscar una ayuda imposible.

¡Iban a asesinarla! ¡Iban a asesinarla porque sospechaban de ella!

¡Luego les resultaría muy fácil explicar que Margit había intentado suicidarse, desesperada por la lesión de sus ojos!

James le desabrochó el vestido, para que ella respirase mejor, y entonces tuvo otra sorpresa. Pegada a la parte interna del vestido, la muchacha llevaba una pequeña funda con una más pequeña pistola del «7'65». ¡Una pistola como la que la noche anterior le había salvado la vida!

Los brazos del hombre la soltaron.

James sentía una especie de vértigo.

¿Había averiguado la muchacha algo de lo que ocurría bajo el embarcadero de aquella casa? ¿Luchaba desesperadamente, con sus pobres fuerzas, contra una poderosa banda afincada en su hogar? Pero entonces, ¿por qué no había avisado a la policía?

Los pensamientos afluían con una rapidez vertiginosa al cerebro de James, produciendo en él una especie de caos.

Pero de ese caos brotaban conclusiones nuevas. Ella no había pedido la intervención de la policía porque en aquel siniestro asunto estaba mezclado Hodges, su tío, el que la recogió cuando era una niña. James sabía ya lo bastante de la vida de la muchacha para llegar a aquella conclusión.

Pensó que lo más urgente era sacarla de allí, hacer que la atendieran en una clínica donde hubiese todo el instrumental necesario.

Pero cuando iba a levantarla, una cosa dura y fría se posó en su sien.

Tan dura y fría como el cañón de un revólver.

CAPÍTULO XV

James levantó la cabeza.

En sus ojos hubo una expresión helada cuando vio al hombre que le amenazaba y cuando vio, detrás del revólver cargado, la cicatriz que poco a poco se iba poniendo roja.

De pronto lo comprendió todo. De pronto supo por qué los barcos de observación no habían encontrado nada.

Y comprendió también qué era lo que había debajo del embarcadero, hundido a gran profundidad.

¡Un submarino!... ¡Un submarino que había sido traído hasta allí, hasta el centro de la región de los Grandes Lagos, siguiendo la ruta navegable que años antes se había abierto a través del río San Lorenzo!

¡Un submarino habilitado para laboratorio atómico, desde el que se seguían las experiencias del laboratorio del Gobierno, situado a muy poca distancia!

El hombre que ahora amenazaba a James era quien había realizado el difícil milagro. Sanders, un oficial de categoría inferior, descontento de su destino, había querido convertirse con aquello en uno de los hombres más ricos y más importantes del mundo.

¡Porque lo que él podía averiguar allí valía millones! ¡Millones incluso para el Gobierno norteamericano, dispuesto a comprar sus propios secretos, antes de que fueran vendidos a otra potencia!

Y, al comprender todo eso, James comprendió también lo que sucedería enseguida. Se dio cuenta de que iba a morir.

* * *

—Levántate —ordenó Sanders.

Su voz, suave y lánguida, parecía llegar desde muy lejos.

James obedeció, pero le miró con desafío.

—No podrás matarme tan fácilmente. Mi cadáver te comprometerá. No sabrás dónde ocultarlo.

—Claro que lo sé, joven amigo... —los dientes de Sanders, al

sonreír, se mostraron afilados y demasiado grandes, como los de una fiera—. Claro que lo sé... Te ataremos a uno de los costados del submarino que está anclado ahí abajo... Los peces te devorarán... Dentro de una semana no quedará ni tu esqueleto.

James se dio cuenta de que aquello era verdad. De que lo que decía su enemigo no solo era posible, sino fácil.

—Mis jefes me buscarán...

—Claro que sí. Te buscarán... con mi ayuda —la sonrisa de Sanders se había hecho más fiera y más ancha—. Yo te prometo que nunca darán contigo. Creerán que has desaparecido, como creerán que Margit se ha suicidado, enloquecida por la lesión de sus ojos.

James la contempló.

Se dio cuenta de que la muchacha necesitaba ser atendida pronto, se dio cuenta de que unos minutos más tarde ya todo auxilio sería inútil.

—Te propongo un trato —dijo roncamente.

—¿Sí?

—Un trato que te conviene. Yo no opongo ninguna resistencia. Yo me dejo liquidar con tal de que ella reciba ayuda. Margit nada tiene que ver con esto.

—Tu proposición no conviene, joven amigo —susurró Sanders—. En primer lugar yo no gano nada aceptando, puesto que tú tampoco podrás oponer resistencia de todos modos. En segundo lugar, ella ya ha llegado a ser demasiado peligrosa. Anoche liquidó a dos de mis hombres.

Bajó un poco el revólver, para apuntarle al corazón. Necesitaba disparar el tiro sobre un lugar desde el que no saltara en el primer momento demasiada sangre.

James sabía que incluso era inútil tratar de ganar tiempo.

Había jugado en solitario aquella partida y la había perdido. De nadie podía esperar ayuda.

—Solo quiero saber una cosa —preguntó roncamente—. ¿Quién te orientó? ¿Quién te dio los datos sobre el laboratorio submarino del Gobierno?

Otra vez la sonrisa insultante de Sanders, otra vez su sonrisa fiera y ancha.

—Alguien que ya estaba junto a Wen cuando a Wen, en el hospital, se le encargó empezar a organizar esto. Alguien que

también te ha vigilado a ti. Alguien que nos ha dado continuamente los datos más indispensables.

James sintió que se nublaban sus ojos.

Sintió que un vértigo tan terrible le acometía que estuvo a punto de caer a tierra.

Sus fuerzas fallaron. Si en este momento llega a tener un arma en sus manos, no hubiera podido sostenerla.

Sanders extrajo indolentemente, de uno de sus bolsillos, un arete de oro de los que algunas mujeres emplean para sujetar y adornar sus cabellos.

—Pero no es eso solo... —musitó—. Lástima de este arete. A ella se le cae siempre que la besan.

* * *

Fue cómo si a James le hubieran escupido al rostro.

Como si le hubieran hundido en la más oscura y maldita de las vergüenzas. Como si alguien hubiera pisoteado ante él el cadáver de su propia madre.

Bruscamente se dio cuenta de que ya no le importaba morir.

De repente comprendió que su vida había terminado en realidad mucho antes, y que no valía la pena continuarla. Pero al propio tiempo un odio ardiente, satánico, contra aquel hombre que había hundido a Ketty en la ignominia, le hizo lanzar un alarido de bestia salvaje, mientras se lanzaba al ataque.

Hay cosas que salen bien solo porque están mal hechas. Hay locuras que obtienen un resultado positivo solo porque una persona normal nunca obraría de aquel modo. El disparo a quemarropa atravesó el hombro izquierdo de James, inutilizándolo, mientras él y Sanders rodaban por el suelo como dos perros rabiosos.

Una sola ventaja tenía James, y era su odio. Con la cabeza golpeó brutalmente el hueso frontal de su enemigo, hasta tener la sensación de que lo hundía. Sanders no perdió el sentido, pero tuvo que soltar el revólver. Arqueó entonces las piernas y envió a James por encima de su cabeza.

A gatas, Sanders intentó recuperar su arma. Un puntapié de James a la sien lo envió media yarda más allá, gimiendo.

Los dos hombres intentaron entonces el mismo gesto, para

tomar el arma. Sus cuerpos chocaron. James se daba cuenta de que sus fuerzas se debilitaban por momentos, pero al estar dispuesto a morir eso carecía de importancia para él. Lo único que quería era liquidar antes a su enemigo, obligarle a que le acompañara en el Gran Viaje.

El revólver fue enviado lejos por el pie de uno de los contendientes. Estos cayeron a la vez, mientras sus cabezas sangraban después de aquel nuevo choque. James, que conocía la dureza de su propio hueso frontal, conectó con él otro terrible golpe a la frente de su enemigo. Este se tambaleó, y volvió a caer apenas puesto en pie de nuevo. Con un grito de triunfo, James se arrojó sobre él, pero las piernas flexionadas de su enemigo lo recibieron en el aire y lo devolvieron como dos catapultas. James se encontró volando por la habitación y chocó contra una de las paredes del lado opuesto. El estrépito pareció hacer retemblar la casa. Como un muñeco sin fuerzas, James salió rebotando y cayó apenas a un paso del cuerpo inanimado de Margit.

Sanders comprendió que había llegado su momento. Él estaba ahora mucho más cerca del revólver. Con un grito de triunfo, fue a tomarlo, y entonces una bala le atravesó la mano derecha.

James disparaba con el «7'65» sacado de la funda de Margit. Un nuevo balazo penetró en el pecho de Sanders. A aquella corta distancia, y a pesar del pequeño calibre de las balas, las heridas eran mortales de necesidad.

James fue a disparar otra vez, pero su enemigo no le dio tiempo. Tambaleándose, abrió una puertecilla en la pared, tras la que estaban los contadores y los mandos de la luz. Pero allí había algo más, un mando mayor que los otros y que él hizo bajar con un seco chasquido. James se dio cuenta de lo que aquello significaba. ¡Iban a morir todos! La casa, con sus secretos, iba a saltar convertida en pedazos!

Vio derrumbarse a Sanders. La rapidez de la explosión dependía de la clase de mecha empleada. Quizá una mecha lenta, para dar tiempo a los forajidos a huir. James, con la única mano de que podía disponer en parte, arrastró a Margit con sus últimas fuerzas hacia la orilla del embarcadero. Los dos cayeron al agua.

¡Y en aquel momento la explosión se produjo! ¡En aquel momento la lujosa villa, con sus secretos, con el cadáver de

Sanders, con Hodges y con Ketty saltó por los aires!

Parte del embarcadero saltó también. La explosión, horrisona, produjo un terrible oleaje.

James no se dio cuenta de que se le habían roto los tímpanos. Ni de que sostenía a Margit con sus últimas fuerzas, flotando desesperadamente. Solo se dio cuenta de una cosa, sencilla, trágica y solemne a la vez. Solo se dio cuenta de que estaba llorando.

* * *

Cuando la lancha motora de la policía, enviada a toda prisa, le recogió minutos más tarde, el jefe de los polizontes locales quería enviarle de nuevo al agua.

—Este tipo ya nos ha dado demasiados disgustos. Donde él está hay tiroteos, asesinatos, misterios... ¡y ahora explosiones! ¡Solo faltaba que nos lanzaran aquí la bomba de hidrógeno!

—De eso se trata... —jadeó el joven—. O de algo parecido... Avisen a Flanagan, en la villa de Wen... Pronto... Sus hombres rana tendrán que actuar. Hay todavía un submarino bajo ese embarcadero...

—¿Un submarino? ¿Y por qué no una rubia en bikini?

James solo pudo decir:

—A lo mejor también...

Y perdió el sentido.

Cuando lo recuperó, una hora más tarde, casi al mismo tiempo que Margit, quien le miraba dulcemente, todo había terminado y Flanagan estaba a la cabecera de su lecho para felicitarle.

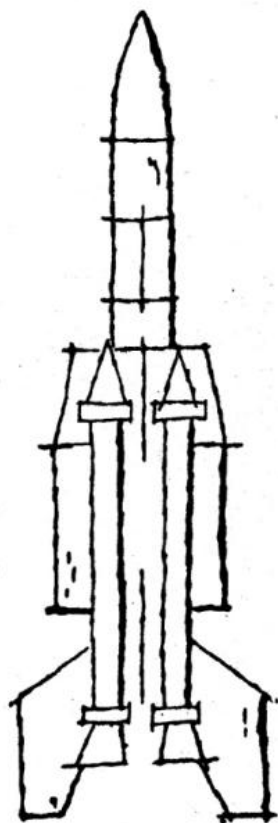
Pero, de todos modos, la policía le expulsó de la ciudad porque era un tipo de esos que meten demasiado ruido.

Y Margit y él tuvieron que largarse. Y ya no hubo quien moviera la cosa.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



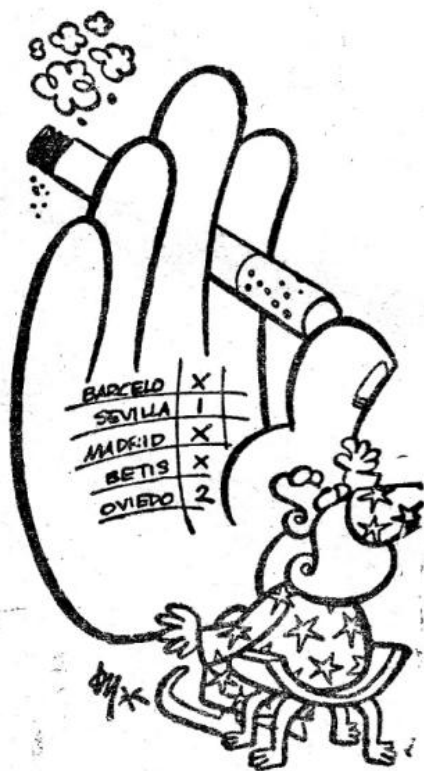
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**





Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABÚ-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*